

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XIV

15 DE MARZO DE 1905

Nº 318

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4

UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



A. VAN WELIE: Extasis



UNA HUMILLACION

LA señora que nos obsequió el gatito nos hizo de él, antes de entregárnoslo, un elocuentísimo panegirico.

—¿Lo ven ustedes tan chiquito y tan mono? Pues es azote de los ratones..... ¡Y de una precocidad! ¡qué precocidad, Dios mío!... Al mes de naci-

do cogió el primer ratón, un ratón enorme, casi tan grande como él..... ¡Si ustedes lo hubieran visto! ¡daban ganas de comérselo! ¡Qué gatito tan valiente!..... Por supuesto que es incapaz de devorar un bicho de esos..... ¡Uf, qué asco! ¡Juega con ellos nada más, se divierte un buen rato y los deja..... Eso sí, en tratándose de otras comidas, es muy goloso, ¿por qué no he de decirlo? Todos tenemos nuestros defectos, ¿verdad? Y á un primor de gatito como éste bien puede perdonársele un pecadillo venial. No dejen ustedes donde él pueda verlos, ni leche, ni queso ni fiambres, porque probará de todo..... ¡ah! un bocadito no más, no se alarmen ustedes; pero probará, eso sí, vale más que yo se los advierta.

—No importa, dijo Clara, con tal que coja ratones..... porque oiga usted, está la casa infestada de ratones. No nos dejan dormir y una noche de éstas se atreven con nosotros. Se han vuelto más zudaces.....

* *

Clara no exageraba. A pesar de dos ó tres ratoneras distribuidas en varios rincones y una de las cuales era el alevoso y nunca bien ponderado «Capito», una legión de ratas y ratones había invadido la casa. Se hubiera dicho, en las noches, que espantaban, á causa de la multiplicidad de ruidos misteriosos que se oían por todas partes. A veces se percibía por espacio de muchos minutos un tictac semejante al del telégrafo, como si el alma en pena de un telegrafista quisiera comunicarse con nosotros. Otras, un ligero y persistente ruido de sierra acababa por enloquecernos con su tenacidad y monotonía. En ocasiones, surgía de tal ó cual escondite una especie de suspiro sofocado, alternando con él chillidos rabiosos. La noche se poblaba frecuente de pasos furtivos, de rumores enigmáticos. Los libros y los bibelots caían con estruendo, la loza se estrellaba contra el suelo..... y bastaba volver los ojos á cualquier parte para ver desvanecerse un misterioso bulto gris que corría con tal rapidez y con tal traza que se hubiera dicho que rodaba. No era raro despertarse con sobresalto al sentir en el lecho el contacto rápido y fugitivo de una piel sedosa.... Era una hermosa rata que campaba por sus respetos entre las sábanas.

—Por fin esto va á acabar, exclamó Clara con un suspiro de alivio. Sin duda que los primeros días y por más que diga la señora, el gato no hará gran cosa; pero así que trezca un poquillo, cuando menos con su presencia espantará á los ratones. En cuanto ellos

huelan que hay un gato.... El bichito en tanto se lamía en un ángulo de la pieza las manos, que la cocinera había untado de mantequilla, «para que se engriera en la casa».

Era sin duda un primor de bichito..... cruzado de Angora, con una gran cola esponjada y unos ojos de topacio estriados de plata. Parecía un ovillo de seda floja. Toda la piel estaba rayada de flavo y las garras casi no se le veían, por

el fleco finísimo que las cubría. Y una arrogancia en la actitud... en los movimientos... ¡pero qué arrogancia.....!

La señora dijo que se llamaba «Fierabrás», nombre que había merecido por sus hazañas con los ratones. Y en efecto, entendía cuando se le daba este nombre.

—¡Fierabrás! ¡Fierabrás! le decía Clara, castañeteándole los dedos.

Y el gatito enarcaba el lomo, hacía cola de pararrayo y se repegaba á las faldas de Clara lanzando un maullido gutural:

—Rrrrrr.....

—¡Pero has visto qué mansito! exclamaba Clara; nadie lo diría al verlo tan altivo y tan jactancioso..... Ven acá, primor de mi vida, déjame que te bese.

—Rrrr.... respondía el «primor», con tanta gracia, que Clara, loca de entusiasmo, acabó por perfumarlo con su mejor perfume japonés. En seguida buscó un listón azul y lo ató al cuello del bichito, suspendiendo del listón una chuchería de plata dorada.

* *

Por la noche, la recamarera consultó si debía poner las ratoneras.

—¡Para qué! exclamó Clara, casi enojada, ¿no ves que ya tenemos á Fierabrás? Y Fierabrás, que parecía haber oído esto, se paseaba con cierta actitud suficientista por las piezas, mirando de soslayo los rincones.

—Yo creo que no sería malo ponerlas, insinué interviniendo: el gato es aún pequeño y, además, hay tal cantidad de sabandijas que no se daría abasto. Le ayudaremos con las ratoneras dos ó tres días, mientras él se ingenia para desterrar solo todos los ratones.

Clara no quería convenir en ello y se puso mal humorada porque yo humillaba en su concepto á Fierabrás; hasta que por contentarla, añadió:

—Por lo demás, creo que basta con una ratonera por ahora, simplemente para no dejar á Fierabrás toda la tarea..... después ni esa será necesaria. Y la criada puso una sola ratonera en la pieza contigua á nuestra recámara.

Clara cenó nerviosamente, de prisa; deseaba que nos recogiésemos cuanto antes; que cuanto antes llegase la hora de las justicias; en que Fierabrás empezaría á dar fin con la casta ratoneril.

A cada instante se levantaba de la mesa, é iba en busca del gato para ver en qué se entretenía éste.

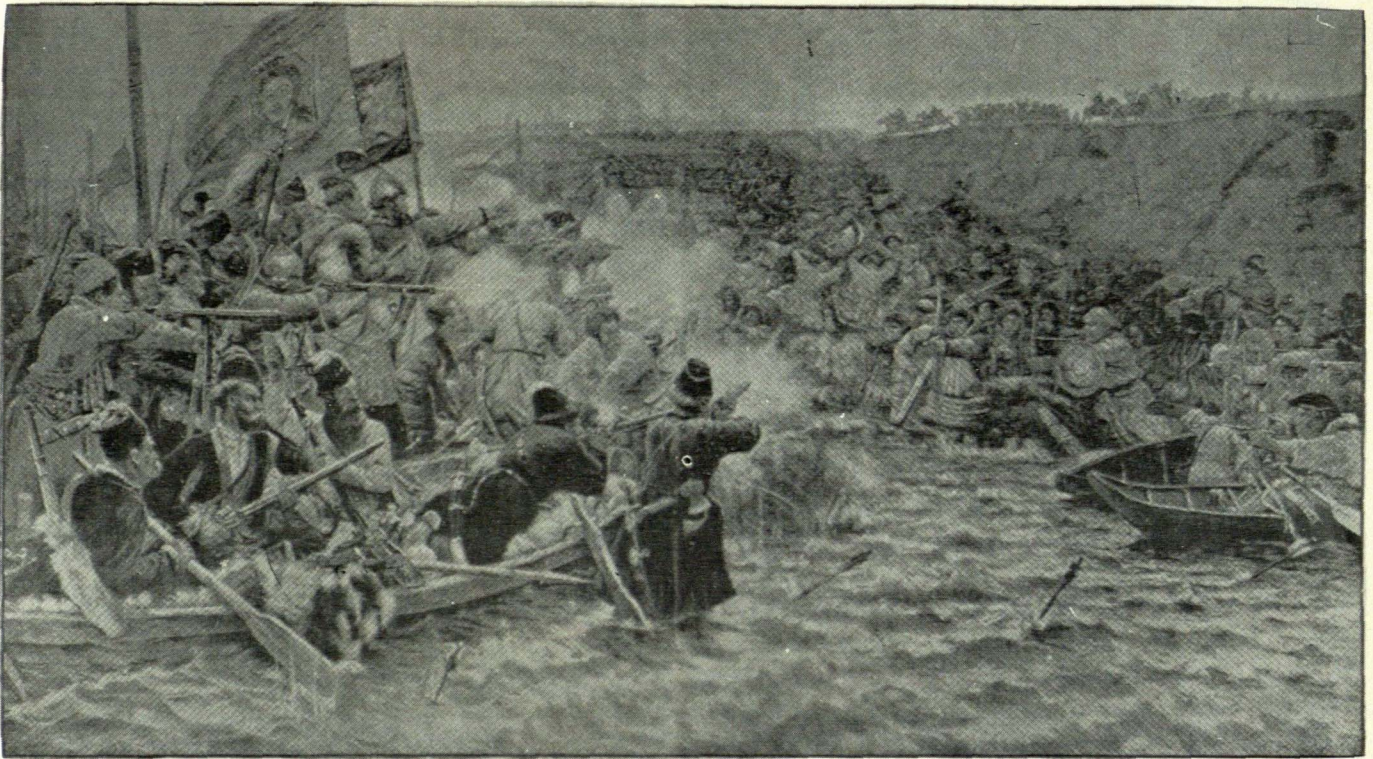
—¿Qué estás haciendo, minino? preguntaba con voz insinuante.

Minino se había acurrucado por lo pronto cerca de una hornilla en la cocina y ronroneaba dulcemente.

—Eso no está bien, minino, pues y los ratones?

Minino alzaba la cabeza, fijaba en su interlocutora la clara mirada de sus ojos de topacio, llena de vaguedad y de ensueño, y seguía ronroneando como si tal cosa.....

—Ha de estar cansado, dijo la cocinera. Sabe Dios cómo lo habrán traído por esas calles. Pero ya verá usted, niña, en cuanto repose un poco.....



W. J. SSURIKOW: La conquista de Siberia

Sonaron las diez y nos recogimos, teniendo cuidado de dejar todas las puertas de comunicación entreabiertas, á fin de que Fierabrás pudiera discurrir por las habitaciones á su sabor y entregarse tranquilamente á su cacería.

Excusado es decir que Clara en mucho tiempo no cerró los ojos.

La oía yo removerse constantemente en su lecho y al menor rumor se incorporaba y preguntaba:

—¿Has oído?

—Duérmete, mujer, decíale yo, ya mañana veremos qué ha hecho el gato. Déjalo en paz.

La primera parte de la noche transcurrió sin novedad. Clara acabó por dormirse después de haber murmurado con un escepticismo que, aunque mitigado, mostraba lo que la decepción empezaba á obrar en su espíritu:

—Creo que hiciste bien en dejar la ratonera....

Pero á eso de la una, empezó á oírse una serie de rumores: el gato maullaba furioso y parecía arrastrar con estruendo por la pieza inmediata una cosa pesada. Esto, unido á las carreras furtivas de siempre y á los chillidos de los ratones.

Clara se sentó en el lecho, lanzando un ¡ah! mezcla de sorpresa y satisfacción.

—¡Por fin! añadió, disponiéndose á levantarse.

—¿Qué vas á hacer? le dije. ¿Quieres atrapar un resfriado inútilmente? Deja á Fierabrás tranquilo en su tarea.

—Tengo miedo de que los ratones y las ratas le hagan mal, es tan chiquito y ellos tan audaces....

—No te creas, no le pasará nada, no es tan tonto para dejarse comer, y además puede huir. Todas las puertas están entreabiertas.

La verdad es que yo tampoco estaba muy tranquilo respecto de la suerte de Fierabrás; pero dominé mis inquietudes y procuré dor-

mirme, pensando en que aquel Napoleón de los gatos no podía correr riesgo alguno.

El estruendo siguió por mucho tiempo y por fin aquella cosa que se arrastraba por la pieza pareció quedar inmóvil y no volvió á oírse más que uno que otro chillido de ratón.

Clara se durmió de nuevo, más tranquila, murmurando:

—Sin duda que ya lleva media docena.

* *

Al día siguiente, muy de mañana, devorada por la impaciencia, Clara se levantó y sin darse tiempo más que para echarse sobre el cuerpo una matinée que estaba á la mano, salió á la pieza inmediata. Yo me quedé despierto y esperando con impaciencia el resultado de sus pesquisas.....De pronto oí un grito de desconsuelo, seguido de las palabras: «Imbécil, imbécil».

No pude contenerme y salté de la cama en ropas menores, exclamando:

—¿Qué sucede?....

¿Qué había de suceder? que el arrogante, el suficientista, el jactancioso Fierabrás había caído en la ratonera....

Ahí en un rincón, en la actitud más desgarbada y ridícula del mundo, como si comprendiera su humillación, conservando aún entre los bigotes de plata briznas del queso que servía de cebo... y que se había comido, Fierabrás, «el Terror de las sabandijas», se hallaba acurrucado, y en rededor de la ratonera había huellas inequívocas de la estancia de una legión de ratones, que sin duda estuvieron toda la noche contemplando su vergüenza, riéndose de él, vilipendiándolo, escupiéndolo.

Instintivamente le busqué en la cola un cascabel.... ¿No le habrían puesto los ratones un cascabel? Mientras Clara, desilusionada hasta la muerte, exclamaba; ¡ridículo, ridículo!



La caza del Aparecido



LEGAMOS frente a la casa, un día muy tempestuoso. El caballo que nos llevaba, se detenía a cada instante y metía la cabeza entre sus patas para sacudir

las moscas, como si quisiese decirnos: "No! No! Reflexionad. No avancemos más." Nuestra criada, con las manos cruzadas sobre una gran cesta llena, movía los ojos de un lado a otro, inquietamente. Mi madre interrogaba al conductor de la caleza, con voz temblorosa, y el paisano respondía con medias palabras duras. Mi padre, que

tenía el envoltorio de los paraguas, callaba según su costumbre, pero parecía muy preocupado.

Cuando descendimos, yo corrí hacia la reja, con entusiasmo, para tirar la cuerda de una campana,—que veía serpentear á lo largo del muro,—y tomar posesión de lo que yo llamaba ya la casa de vacaciones. Me constaba que no había persona alguna, pues el viejo jardinero, su propietario, habitaba en la ciudad; solamente que á los doce años el deseo de tirar una cuerda es siempre irresistible,—¿no es verdad?—y yo llamé furiosamente. Entonces salió detrás del muro, ornado de follaje espeso, un sonido como de campanita de iglesia, como la riza aguda de alguno que estuviese agazapado bajo un árbol para espantarnos. Era á la vez ridículo y desagradable que yo quedara como estúpido con los dedos crispados sobre la varilla de mi aro, la cual según mi guerrera costumbre, yo atravesaba como una daga, en la cintura.

—¿Quién se ha puesto á reír? exclamó mi madre.

—¿Quién ha movido cadenas? exclamó la criada.

El paisano descargó en el camino con brutalidad nuestras cuatro maletas, todas en confusión, y después volvió las bridas sin querer escucharnos.

—Es una hermosa manera de introducirnos aquí! refunfuñó mi padre examinando las llaves enmohecidas.

Trató de abrir, pero la reja no cedió en seguida. Fué necesario empujar con fuerza. Papá se hizo ayudar desde luego por mí, y yo me hice ayudar por nuestra criada. Mamá palidecía bajo su velo y yo no me atrevía á

reír. Empezaba ahora á darme cuenta de que algo extraño sucedía. Brusca-mente, la reja se alzó como un resorte y los tres, en- trando, fuimos arro- jados al suelo. Mi madre tuvo un mie- do nervioso; decla- ró que era preferi- ble no ir más allá. La criada miraba á todas partes con gestos de estupor:

—Se siente la muerte aquí, señora, yo os juro que se siente la muerte.

—Vosotras estáis locas! dijo mi pa- dre excitado, arrastrando las male- tas.

—No, María tiene razón, replicó mi madre, este jardín parece un cemen- terio.

—En fin, tu has querido venir! dijo mi padre un poco enojado. Trate- mos de no ser ridículos. Lo hecho, hecho está.

Por lo demás el edificio tenía el as- pecto común de una mal cuidada casa. Presentaba seis grandes ventanas con los postigos destruidos y una puerta al fin de la escalinata, cuya marquesina de zinc se hundía por un lado; la casa era de un solo piso. Por encima, el techo avanzaba como los bordes de un sombrero lóbrego.

El jardín parecía enguirlandado de campanillas blancas que festoneaban to- dos los arbustos y saltaban de una á otra avenida. Mientras el sol brillase, aquello tenía el prestigio del encanto. Por mi parte, apenas veía en ese sitio, un espacio en desorden muy cómodo para jugar. Y no destruiría las cestas de flores ni las plantas raras, pues allí todo era hierba y flores salvajes. Si eso era un cementerio, debía ser un cementerio siempre alegre.

Pero el sol se escondió tras una nube color de cobre, la hierba verde tomó un tinte desagradable, y yo al cabo de dos ó tres carreras sobre las cam- panillas me puse de mal humor.

Se colocaron nuestras maletas en el interior del vestíbulo. María abrió to- das las ventanas, quitó el polvo á los muebles de los cuartos y mamá reco- bró su tranquilidad. Mientras se pro- cedía á nuestra instalación definitiva, tuve la idea de deslizarme detrás de la casa haciendo la vuelta por el jardín, pues no había puerta que comunicase con la otra mitad del cementerio. Con gran asombro, me encontré en una obscuridad casi completa. La tormenta amenazante había comido el sol, y no quedaba sino un pequeño rayo livido, alumbrando la vidriera redonda de una lumbre del granero. Este reflejo de gran ojo enfermo en el muro gris, todo agrietado, me produjo un efecto muy singular. El jardín y la casa tomaban de este lado, una forma extraña y co- lores de sapo verde. Las campanillas no florecían siquiera sobre los arbustos. La hierba causaba cierto temor por su enormidad y su salvaje aspecto. Tres bojes, tallados en siluetas de capuchi- nos, se levantaban de distancia en dis-

tancia, y el último, al fondo cerca de la alta muralla de circuito, tenía una apariencia de hombre siniestro planta- do con la espalda vuelta. Después el ojo de vidriera dirigido sobre este lado del bosque virgen, lloraba no se sabía qué desolación. Yo me puse á correr, á gritar ferozmente, golpeando los pies, para tratar de reaccionar contra el secre- to terror que me invadía, y todos los ruidos expiraron en ecos lastimeros que los árboles se cambiaban mutuamente como palabras de orden.

Mi madre abrió un postigo al oírme gritar y me hizo señales imperiosas. Yo regresé, saltando, muy feliz de sa- berme vigilado, dándome aires ven- cedores, blandiendo la varilla de mi aro:

—¿Por qué gritas así? me dijo mi madre, cuyo rostro estaba muy azo- rado.

—¿Por qué mamá? Tú has prometido dejarme divertir con todos los juegos en la casa de vacaciones!

Ella agregó sin responderme direc- tamente y como hablando consigo mis- ma:

—Tú sabes que nosotros hemos alqui- lado esta casa solamente por ti, mi hijo, y este es un sacrificio que deberás tener en cuenta más tarde. Eres demasiado joven para comprenderme bien; pero no grites así porque el oírte me hace daño á los nervios.

Un redoble de trueno retumbó, y ella me ayudó con presteza á escalar la ven- tana murmurando:

—¿Eh? ya vez! No es conveniente gritar aquí! Nada de gritar, ni de correr, ni de sonar la campana, ni de abrir la reja. . . y hasta el imbécil del caballo que no quería avanzar en el camino. No! Nuestra casa de vacaciones no nos hacía, ya, tanta gracia. . . Toda la noche el huracán sacudió el techo, y fué un verdadero milagro que la marquesina de zinc no acabara de desplomarse.

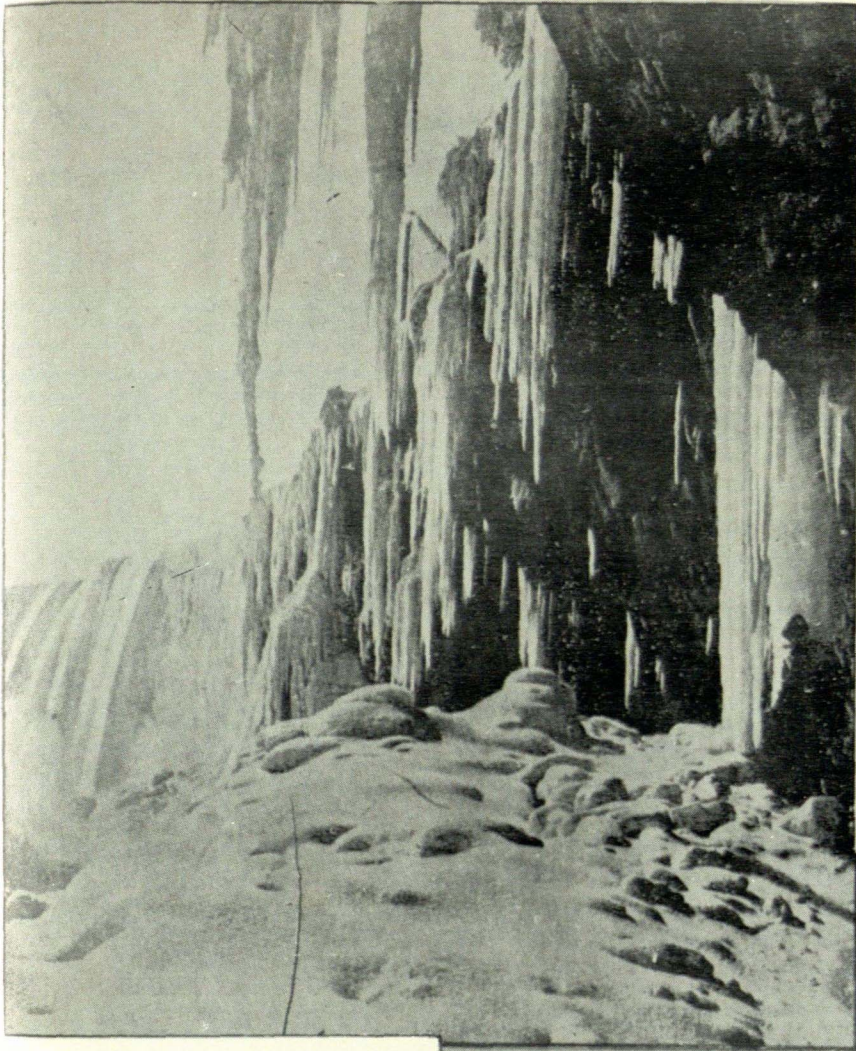
Al cabo de ocho días, no habíamos logrado aún habituarnos á esta sucia casa. María, la criada, que era vieja é impresionable, se lamentaba de encontrar ratas en la cesta del pan.

Ella me rogaba que la acompañase á la bodega y al granero, metiéndome una buja entre los dedos, buja que se derre- tía á lo largo de mi blusa.

Una vez que me rehusé ir al granero con ella, mamá la siguió, y, habiendo el viento cerrado la puerta á sus espal- das, permanecieron una hora encerradas en medio de las tinieblas y pidiendo socorro. Era evidente que tenían miedo de alguna cosa para ellas conocida y que yo ignoraba.

Los muebles de esta habitación eran todo polvo, y databan por lo menos des- de la época merovingia. Cuando se los frotaba, producían sonidos lúgubres, dislocándose solos ó partiéndose en astillas.

Después pequeñas aventuras verdade- ramente inexplicables, y que aún ahora no alcanzo á comprender,—los objetos me- nudos en esta bizarra habitación desapare- cían, escamoteados repentinamente como por encantamiento. ¿Se ausenta- ba mi madre del salón por un minuto-



María recogió la sal silenciosamente, sospechando que la conversación se agriaba. Yo me puse a dibujar sobre la manteca con la punta de un cuchillo.

— Toda una casa por tampoco dinero! murmuró mamá.

— Ese poco resulta generalmente caro, declaró papá en tono seco.

La ventana estaba abierta; los tres bojes tallados como capuchinos aumentaban la preocupación: María extendió un brazo.

— Lo mismo que estos fantasmas. ¿Tú crees que son tranquilizadores?

Papá ensayó un arreglo.

— Deja! Yo los tallaré hoy mismo. Mauricio me ayudará. Les daremos la forma de tres polichinelas. Estos fantasmas de polichinelas serán un verdadero recreo para la vista. ¿No es así Mauricio?

Y exclamé con entusiasmo:

— Ya lo creo, papacito!

Mamá levantó los hombros.

— Pero veamos! Acaso estos árboles se dejarán tallar... Tú, un borracheador de papeles, quieres tallar árboles, y con la ayuda de un niño, para mejor?

Hubo una larga pausa embarazosa.

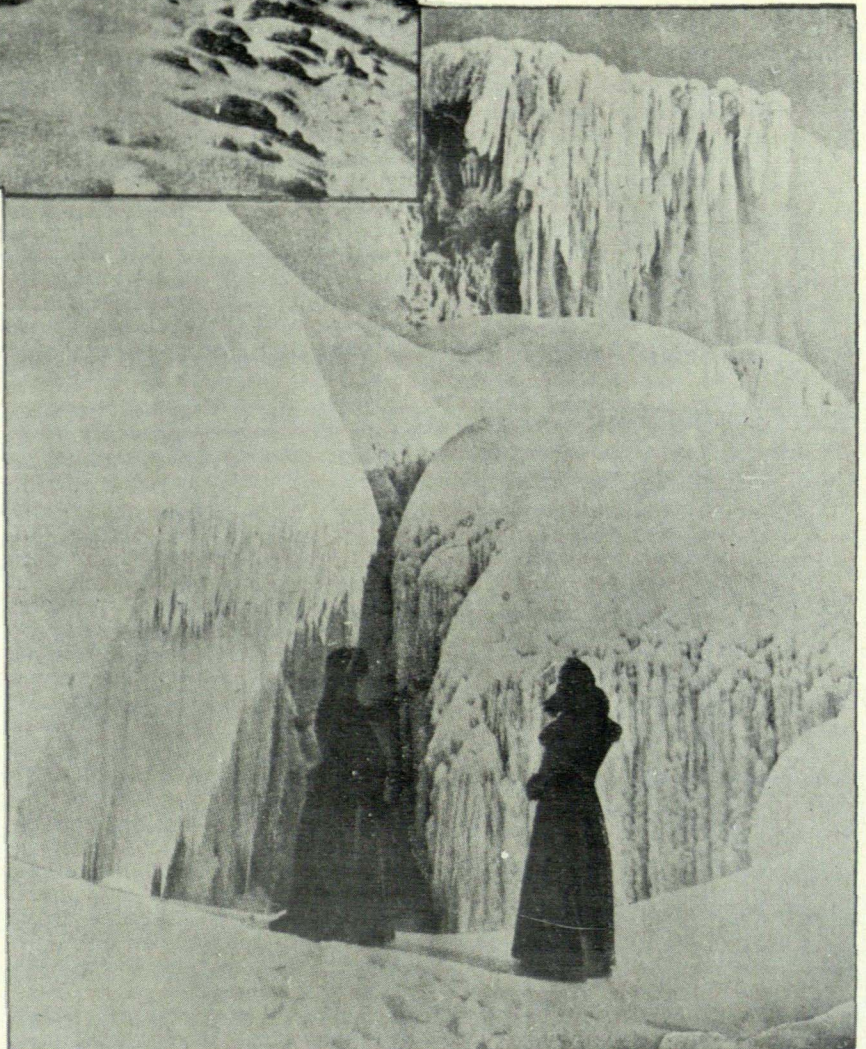
Yo veía desaparecer siempre mis cortaplumas, mis bolitas, mis bramantes, mis bramantes sobre todo.

para ir a dar una orden a la cocina? Pues al volver no encontraba su dedal. Yo me arrodillaba en todos los ángulos y buscaba, durante la tarde, con una luz: era asunto terminado: el dedal se había perdido. Y así con las tijeras, y los ovillos de lana. Papá, deseando descansar de sus grandes trabajos quiso ocuparse en trabajos de jardinería, y las azadas, los rastrillos, las podaderas que él manejaba, se extraviaron. Ya era un azadón que se encontraba, una hora después de pacientes investigaciones, en un lugar donde jamás nadie lo había puesto, ya era una pala que se hundía entre los arbustos y se evaporaba totalmente. Mi padre me acusaba de hacer malas bromas. Mi madre me defendía diciendo en voz baja, irritada contra esta cosa que yo ignoraba: — Oh! aquí, nada me asombra.

No, estas aventuras no se explicaban del todo.

Una mañana, durante el almuerzo, con motivo de haberse volcado el salero, mamá tuvo una crisis de nervios; María arrojó exclamaciones desoladas.

— Veamos, dijo papá impaciente, esto es muy sencillo, abandonemos el campo. Por otra parte yo no quería alquilarlo a causa de vuestros caracteres. Vosotras no sois razonables!



EL NIAGARA EN INVIERNO: Las estalactitas—Los bancos de nieve

Fabricaba un látigo, y el bastón que tenía entre mis piernas para unirlos sólidamente, concluía por desvanecerse á través de la hierba espesa, y el bramante, si yo volvía la cabeza, se iba quién sabe á dónde. Esto me exasperaba. Yo tenía la convicción de que no podía tratarse de un ladrón que volase. . . . Y, á menos que todos no fuésemos muy aturdidos, alguna cosa nos molestaba en esta casa de vacaciones, positivamente. Una vez, María perdió la ropa que había puesto á secar sobre una cuerda, y cuando yo le pedí la explicación, ella me respondió con una cara muy seria:

—Sois muy joven. La señora ha prohibido que se os hable de la historia.

Luego, había una historia. Oh! Oh! Yo pasé los días torturándome el espíritu y perdiendo mis bramantes.

Mi cerebro se debilitaba poco á poco. Yo no creía mayormente en cuentos de vieja, porque en el colegio se me enseñaba á no tener miedo de la obscuridad; pero veía temblar á mamá desde que el crepúsculo invadía la estancia, papá se tornaba desconfiado, María se lamentaba. Era necesario aclarar todo esto lo más pronto posible, y, si había un enemigo, librar rápidamente á la familia. Yo resolví dirigirme á nuestra criada para obtener una confesión completa. María era ingenua, yo era astuto como un Piel-Roja; ahora veríamos cuál de los dos era *más joven*! . . . Una noche yo llegaba á la cocina caminando en puntas de pies, y en un andar lleno de misterio.

—María, dije yo, mirad por la ventana del lado del último boj!

La criada dejó una cafetera que llenaba de agua y volvió los ojos hacia la ventana sombría.

—Qué, señor Mauricio, qué es, lo que hay, señor Dios!

—Yo he visto alguna cosa hacia el fondo del jardín, María.

—Ah! habéis visto. . . . (Sus dientes castañetearon). ¿Era todo blanco, no es verdad? . . .

—Sí, María. Todo blanco!

—¿Y largo? ¿Y se arrastraba? ¿Y se extendía? (Se acercó enmudecida, arrimó su nariz contra el vidrio teniéndome por la espalda, de modo que su temblor se comunicaba á todo mi cuerpo). ¿Y se torcía en el aire como un lienzo que se vuela?

—Justamente, María, era como vuestra ropa cuando se vuela. Oh! Qué miedo he tenido! . . .

—¿Y tenía faldas de mujer con seguridad?

—Sí, María, creo que llevaba faldas.

—Y bien! señor Mauricio, habéis visto al *aparecido*, porque es su retrato lo que me hacéis!

—¿El *aparecido*, María?

Yo estaba un poco desorientado. Hubiera preferido una historia de ladrones. Por otra parte, había hecho su retrato bien á mi pesar! . . .

—El *aparecido*, señor Mauricio, continuó solemnemente la criada, es la señora que murió aquí hace una decena de años. Vivía en unión de un señor, pero no eran casados, y cuando el señor la abandonó ella se ahorcó. Todo el mundo conoce la historia, y por eso

nadie se atrevió jamás á alquilar la casa, antes de vuestra madre.

Yo quedé atolondrado. La mujer colgada aparecida del otro mundo para robar mis bramantes y devorar mangos de azadón! Ciertamente esto sobrepasaba mi imaginación! Yo sabía lo que deseaba saber, pero nada había avanzado! A la noche tuve pesadillas, y en el lecho, me apelotonaba contra la pared y trataba de dormirme tapándome las orejas. Personas grandes como mi madre y mi criada temían al *aparecido*! ¿Qué se podía deducir? Al amanecer mis pensamientos tomaron otro camino; y no quería admitir que una antigua ahorcada, muy enmohecida, saliera de su tumba para incomodar á una cocinera sustrayéndole las rodillas. No! El *aparecido* debía ser un animal de especie particular, visitador de lugares mal cuidados, sobre todo de las casas en desorden, y llegué á pensar que se me hablaba de una muerta para no asustarme con el motivo de un peligro real. Lo había confesado todo tan fácilmente, esta vieja loca de María! Bien pronto el heroico pensamiento de capturar la *bestia*, llenó mi cerebro, me encegueció. Yo era fuerte, diestro, tenía datos sobre las costumbres de los Indios, y una vez en el sendero de la guerra no retrocedería. Qué proezas y qué honor! Mi madre lloraría de contento como el día de los premios, mi padre me llamaría fiero conejo! y María podría atreverse á coger perejil hacia la hora del crepúsculo. Decididamente yo lucharía contra el enemigo común. El plan estaba ya trazado. Cavaría una fosa para cubrirla con diversos ramajes, según el sistema de los cazadores americanos, y cuando la *bestia* vagabundeara durante sus excursiones diurnas ó nocturnas, no evitaría dejarse cazar en pleno agujero. En seguida le haríamos volver los dedos de plata, los rastrillos, los cortaplumas y otros alimentos indigestos que tenía la deplorable costumbre de engullirse. Cavé pues una fosa bastante profunda, del lado del último boj; le cubrí de musgo y de ramitas verdes. La tierra que saqué, fué dispersada á los cuatro lados del jardín. Cerrada la noche, concluí mi tenebroso trabajo, haciendo como si acechase á los pájaros para engañar á mis padres, porque yo tenía mucho sus chanzas ó sus prohibiciones. Mientras el sol brilló yo canté á grito pelado, muy feliz de mi caballeresca idea, formando los proyectos más temerarios, lleno de desprecio faz á faz del *aparecido*, que después de todo no era sino una *bestia* cualquiera, lo que se precisaba demostrar; pero, á la noche, este maldito jardín se ensombreció horriblemente, los bojes capuchinos se vistieron de colores de sapo, y el ojo enfermo, la lumbrera del granero me miró, de lo alto de esta casa triste, con un horrible gesto de desesperación. Yo abandoné mis útiles, azadón, pala, rastrillo y hui bruscamente sin poder detenerme, como taloneado por el último boj que, ahora, pareció levantar su capuchón verde. Delante de la casa respiré un momento, muy avergonzado de mi terror. Veamos! ¿Es que he perdido mi coraje? ¿Eres un cobarde? me preguntaba la conciencia. Si dejase allá abajo los útiles de jardinería podría decirse entonces que me he divertido en hacer bromas. Un lazo tan bien concebido y tan bien eje-

cutado! Me volví para orientarme. La fosa estaba allá abajo, en alguna parte, entre el segundo y el tercer capuchino. . . . Cosa extraña! En este crepúsculo perdía también la noción de las distancias. . . . ¿La fosa estaba más hacia la izquierda ó más hacia la derecha? ¿Eh? ¿Qué significa esto? . . . Yo, un muchacho astuto no me reconocía!

Las avenidas se internaban totalmente negras, los arbustos enredados de campanillas ondulaban como penachos de humo, los grandes árboles se mezclaban con las nubes, y la luna levantándose, tomaba en las hojas aspectos de ojo amarillo, como una imitación de la lumbrera del granero. Súbitamente, el pensamiento de que *allá abajo*, en el segundo y el último boj, se encontraba una *foxa cavada*, me hizo parar los pelos sobre la frente. Yo había cavado una fosa, yo mismo, una tumba, como para enterrar un muerto. . . . Una tumba que esperaba la mujer ahorcada, el *aparecido*.

Acaso una *bestia* ha tenido jamás la dimensión de una mujer que lleva faldas volantes! Y puesto que María la había visto! . . . La sangre se helaba en mis venas, mis piernas vacilaban. . . . “Tú irás! Tú no irás! Cobarde!” me gritaba siempre la conciencia.

En fin, poseído de no sé qué vértigo furioso, grité: “Vamos”. Y me lancé en línea recta. Creo que corría desesperadamente, con las pupilas cerradas, sin buscar desde luego mi camino, persuadido de que si abría los ojos, vería con seguridad á la ahorcada á la vuelta de un mazo. Ah! no se trataba de una *bestia* ladrona; yo conocía que estaba en poder de un personaje misterioso, de un *desconocido* que me atraía, me atraía, me sorbía, me devoraba desde el fondo de este jardín cementerio! Y mi corazón latía como si fuese á reventar. Maquinalmente murmuraba: “Me bajaré, tomaré el azadón, la pala, un objeto en cada mano; así estaré bien armado si me sucede alguna cosa. . . . Si! El azadón está al lado de un tronco de casís, y la pala ha quedado sobre un montón de césped. Suponiendo, Dios mío, que estos útiles no hayan partido ya con ella! Veamos, tratemos de no equivocarnos. . . . Uno dos. . . . tres. . . . voy á abrir los ojos, tanto peor, debo estar en el sitio mismo!” Abrí los ojos, y, con un grito de angustia que debió resonar cruelmente en el pecho de mi madre, abrí también los brazos, mis piernas flaquearon, rodé al fondo de la fosa. La violencia de mi caída fué tal que me desvanecí. . . .

Y se me encontró allí dentro, extendido como un muerto, cogido en mi propio lazo!

Durante un mes tuve fiebre. Mi madre, desde que me fué dado dejar el lecho, ordenó embalar con presteza nuestro equipaje. Ya tenía ella bastante con la *casa de vacaciones*, donde las tumbas se cavaban solas para tragar los niños; y no quiso creer jamás en la historia de mi trampa, porque yo no pude probarle que había querido atrapar un *aparecido* como se atrapa una vulgar comadreja! . . . Por lo demás, reflexionando un poco. . . . ¿no es que el *aparecido* había querido atraparme?



Henry Ryland: Meditación

LA INOLVIDABLE

A Udón Pérez.



RA el mediodía.

Tic-tic. Tic-tic.

¿Quién osaba turbar con aquel ruido el dulce sopor de la siesta?

No sería por cierto Michulinda, la traviesa gatita blanca que tenía de su ama la brillantez de los ojos, visibles en plena obscuridad, la piel llena de voluptuosidades eléctricas, el andar silencioso, como quien va de caza, y las garras siempre ocultas y dispuestas siempre al arañazo traidor. Michulinda desde hacía una semana ya no retozaba con los breves pantuflos de armiño, ni trepaba en la cama, ni se escondía tras los pesados pliegues del cortinaje de damasco. Una mañana su ama hizo llamar al tapicero y le dijo:—Llevaos a Michulinda y preparadla con cuidado, la quiero para descansar mis pies. El pobre hombre dejó asomar a sus ojos toda la interrogación de su asombro; mas, ella, abrió los labios en una sonrisa y enseñó sus dientes menudos y crueles. Entonces, el otro tembló y se llevó la gatita. ¿Pues era claro! ¿Quién la iba a contradecir cuando ella se ponía nerviosa?... Y allí estaba, extendida debajo del lecho, la suave piel blanca que aún conservaba entre el pelo raras voluptuosidades eléctricas.

..

Tic-tic. Tic-tic.

El importuno ruido continuaba. Y no lo producía tampoco Frú-Frú, el diminuto pájaro mosca que tenía de su ama la ligereza del vuelo, la volubilidad del gusto y la pequeñez del corazón. Su jaula era toda la alcoba dentro de la cual revoloteaba incansante; y, para su regalo, porque era exquisitamente goloso, picoteaba en la boca y en el seno de la Adorada ya el perfume de un clavel sangriento; ya el aroma de dos albos lirios gemelos. Una tarde su ama hizo venir a la modista y la dijo sonriente:—Tomad a Frú-Frú, y ponedlo, con las alas abiertas, en el bonito sombrero de Primavera que me estáis confeccionando. Y la modista, enjugándose una furtiva lágrima de compasión, obedeció sin chistar. ¿Pues era claro! ¿Quién no se sometía a su capricho cuando ella ordenaba sonriendo de cierto modo?... Desde entonces, allí, sobre el precioso sombrero de Primavera, lucía Frú-Frú el oro azul de su plumaje; y era, con las alas abiertas y el cuello tendido, su actitud presuntuosa la de una feroz ave de rapiña que volara a hacer presa en la sonrosada orejita, parecida a un pétalo de rosa.

..

Tic-tic. Tic-tic.

Veamos, veamos quién es el que así se atreve a interrumpir la tranquilidad de la siesta, obligándome, también, al recuerdo de la Pérfida cuya imagen yo he jurado olvidar a todo trance!

Y Gontrán saltó del lecho.

No hubo de impacientarse buscando demasiado: era el reloj de oro, el elegante cronómetro inglés que ostentaba en su tapa interior una preciosa miniatura de la Amada, obra paciente del hábil cincel y del esmalte.

Ni siquiera vaciló para escoger el arma que había de servirle contra la frágil prenda; y su preferida fué, desde el principio, una enorme maza de combate que había perdido su forma sobre muchos yelmos sarracenos, cuando Godofredo de Bouillon rescataba el Santo Sepulcro. El ponderoso acero cayó una, dos, tres, mil veces sobre la delicada joya, dejándola, al fin, convertida en polvo.

Después, Gontrán se vistió malhumorado y se echó a la calle.

II

Era la media noche.

Tic-tic. Tic-tic.

—¿Otra vez?...!

¿Y quién a esta hora?

De seguro no sería la estatua del jardín, una Ondina, copia en mármol de la Hermosa, de quien, además de las formas, ostentaba la blancura impecable, la frialdad y la dureza; y que, con una concha levantada por la diestra en alto, hacía que se desparramara sobre su cuerpo toda el agua de la fuente, en un rumor delicioso que muchos escuchaban temblando, porque resonaba, entre el silencio de la sombra, como el eco de la pequeña carcajada de la Ingrata. También aquella obra genial de un célebre escultor habíase rendido en pedazos al capricho de su ama, en una pálida noche de neurosis, bajo los golpes de un sumiso y rudo leñador.

..

Tic-tic. Tic-tic.

¿Aquel ruido, producirlo, tal vez, la fina copa de baccarat, en donde ella, la madrugadora anterior a su horrible traición, había bebido champagne hasta embriagarse? Bien pudiera ser que el glorioso cristal conservara aún la alegría de haber estado en su boca, de haber chocado entre sus dientes. ¿Acaso, quien probó una vez de sus labios logró olvidarla nunca?...!

Mas no; no era tampoco el fino cristal de baccarat, pues ya recordaba que la Bebedora, en un raro acceso de júbilo, había arrojado la copa al suelo pisoteándola después en mil pedazos, bajo el rojo tacón de sus botitas, mientras se reía como una loca.

..

Tic-tic. Tic-tic.

—Veamos, veamos quién es el importuno que así se atreve a profanar la dulzura del sueño, y lo que es peor aún, a despertar la imagen de la Desleal que he jurado olvidar a todo trance!

Esto diciendo, Gontrán saltó de la cama y se puso a buscar.

Todo lo registró el pobre amante abandonado: la alcoba, el contiguo *boudoir* tan lleno de perfumes femeniles y de recuerdos turbadores; el saloncito azul en donde ella, los jueves, radiante de hermosura y gracia servía su *five o'clock tea*.

Querría que mi verso, de guijarro,

en gema se trocase y en joyero;

que fuera entre mis manos como el barro

en la mano genial del alfarero.

Que lo mismo que el barro, que a los fines

del artífice pliega sus arcillas,

fuese cáliz de amor en los festines

y lámpara de aceite en las capillas;

Que, dócil a mi afán, tomase todas

las formas que mi numen ha soñado,

siendo alianza en el rito de las bodas,

pastoral en el índice del prelado;

Lima noble que un grillo desmorona

ó eslabón que remata una cadena,

crucifijo papal que nos perdona

ó gran timbre de rey que nos condena;

Que fingiese a mi antojo, con sus claras

facetas en que tiemblan los destellos,

florones para todas las tiaras

y broches para todos los cabellos;

Emblemas para todos los amores,

espejos para todos los encantos

y coronas de astrales resplandores

para todos los genios y los santos.

Yo trabajo, mi fe no se mitiga,

y, troquelando estrofas con mi sello,

un verso acuñaré del que se diga:

Tu verso es como el oro sin la liga:

radiante, dúctil, poliforme y bello.

á los íntimos; el largo corredor; el vestíbulo, que conducía á la planta baja; la alameda de los tilos con su banco de piedra que sabía de muchos coloquios ardorosos; el estanque de los peces; y, por último, la selva limitrofe.

¡Inútil pesquisa!

Y para desesperarle más, para hacerle morder con furor los puños, á dondequiera que iba, llegaba, junto con él tal vez más perceptible á cada paso ó á cada instante, el irritante rumor.

Tic-tic. Tic-tic.

Voto á bríos! que el caso era para volverle loco de remate.

Tic-tic. Tic-tic.

Parecía como si la Fementida, oculta detrás de alguna mampara, se estuviera burlando de él, con su pequeña carcajada irónica. Y esta ilu-

Goitrán la pulsó con la vista.

Tampoco; era muy débil!

¿Serviríale la gumia de filo envenenado, obsequio de un cazador de leones númerdas?

Goitrán midió la hoja.

Imposible! era muy corta.

¿El alfanje turco tal vez?

Goitrán lo blandió en el aire.

Menos aún: desconfiaba de su temple.

¿La espada del centro; una tizona enorme, compañera fiel de Oliveros, par de Francia, y gemela de Durandarte?

Para probarla, Goitrán descargó un tajo sobre la maza que había pulverizado, además del cronómetro inglés, tantos



H. LAURENT-DESROUSSEAUX:
Lavado de muñecas

sión se hizo más completa cuando el cuitado se acercó á la *chaise longue*, muda testigo de tanta escena amante....

No, tampoco!.....Allisólo encontró una liga con el monograma de la Perjura grabado en la hebilla de oro.

Goitrán se dejó caer en el mueble y presa del mayor abatimiento cruzó las manos sobre el pecho.

Tic-tic. Tic-tic.

¡Ah, traidor! ¿Eres tú quien la guardas? Espera..... Espera.....Y en dos brinco llegó junto á la panoplia.

Esta vez vaciló antes de escoger.

¿Sería la fuerte lanza del buen Cid, Rui Díaz, Castellano de Vivar, ante cuya arremetida desmoronábanse las torres y rendíanse los alcázares?

Goitrán repasó con sus dedos la aguzada punta.

No; era muy roma!

¿Vibraría la flecha del feroz Caonabo, indómito cacique de Managua y primer héroe de la libertad en el continente del Nuevo Mundo?

yelmos sarra-
cenos.

Y la maza quedo
partida en dos.

Tic-tic. Tic-tic.

—Espera.....Espera...
decía Goitrán mientras afila-
ba el templado acero.

Tic-tic. Tic-tic.

Diríase que la risa (pues ya no quedaba duda de que era su pequeña carcajada) se hacía más y más burlona.

Tic-tic. Tic-tic.

—Espera.....Espera....Y con una sangre fría digna de mejor suerte, apoyó el pomo de la espada contra la pared, y cuidadosamente, muy cuidadosamente, púsose la punta en el costado izquierdo.

Tic-tic. Tic....

Goitrán apretó con fuerza y ¡crac! rodó por el suelo.

¡Oh rabia! la espada se había partido.

Y en tanto, dentro del pecho resonaba, más burlona que nunca, la pequeña carcajada de la Inolvidable.

Tic-tic. Tic-tic. Tic-tic.

ESTUDIOS DE HISTORIA VENEZOLANA

I

¿Oligarquía civil u oligarquía militar?

—

SUMARIO.—Revolución de 1831.—Su programa: federación, fuero del ejército, religión de Estado.—Política conciliatoria del gobierno.—Convenio del Valle de la Pascua.—Primera presidencia de Páez.—Elecciones de 1834.—Oposición de los militares a la candidatura de Vargas.—Diatriba de Pedro Carujo.—Presidencia de Vargas.—Revolución de las Reformas.—El 8 de julio en Caracas.—*Ultimatum* de los reformistas.—Prisión y destierro de Vargas.—Gobierno de Mariño.—La revolución en Oriente.—«Proyecto de voluntades públicas».—Marcha Páez contra los reformistas.—Ocupa á Caracas.—Llama á Vargas.—Sigue á Oriente.—Indulto del Piritá.—Estado de la opinión pública.—Renuncia el ministro Michelena.—Sitio de Puerto Cabello.—Muerte de Carujo.—Ríndense los últimos reformistas.

No bien terminó sus sesiones el congreso constituyente de 1830 (1), notáronse los primeros síntomas del violento conflicto, que debía llegar á su colmo á los cuatro años, entre las dos tendencias de la oligarquía venezolana: ó el imperio de las leyes en el seno de la paz ó el perpetuo disturbio de las revoluciones. Suprimido el fuero del ejército y derogada la ley sobre confiscación de bienes con que se pagaban los haberes militares; resuelto Páez, jefe del Estado, á gobernar con el grupo de hombres que protestaron en 1821 contra la constitución centralista de Cúcuta y se unieron en 1826 con los que dirigidos por el mismo Páez proponían entonces la disolución de la Gran Colombia; predominante por el pronto en la esfera gubernativa el elemento civil, y reducido á escaso número el ejército permanente, apresáranse los partidarios de la oligarquía militar á promover una reacción armada.

En enero de 1831 se pronuncian por la integridad de Colombia varios pueblos de las provincias de Barcelona, Margarita, Cumaná y Guayana, que componían el antiguo departamento de Orinoco; pero al saber la muerte de Bolívar, ocurrida en diciembre del año anterior, los promovedores del proyecto (éranlo los hermanos José Tadeo y José Gregorio Monagas) lo modifican en parte y se deciden á consultar la voluntad de los pueblos en la forma que se había hecho tradicional, esto es, convocando asambleas populares que votaban resoluciones redactadas de antemano. Juntáanse, pues, en la ciudad de Barcelona el 22 de mayo, hasta ciento cincuenta vecinos, los cuales, considerando que disuelta ya la República de Colombia «están los pueblos que la componían en el caso de ejercer su natural soberanía», y que la mayoría de los pueblos de Venezuela había manifestado desde 1826 su «querer libre por un gobierno federal», resuelven: que se invite á las provincias de Cumaná, Margarita y Guayana «á que se unan en sentimientos á los que ahora emite la de Barcelona, puesto que los de aquéllas fueron iguales con los de ésta en el pronunciamiento hecho á principios del año»: que las cuatro provincias tomen el nombre de Estado de Oriente, para confederarse con las demás de Venezuela y de la antigua Colombia que quieran entrar en el mismo pacto: que una vez constituida la República en Estados federados, se convoque una convención para deliberar sobre los intereses generales y la conservación del nombre de Colombia, «bajo estrechos vínculos de unión federal»: que en la constitución del Estado de Oriente se reconozca la religión católica, apostólica y romana como «religión exclusiva del Estado»: que en la misma se

reconozca el fuero del ejército: que para que acoja y sostenga este pronunciamiento sea investido provisionalmente con el carácter de «Gobernador Jefe del Estado» el general Santiago Mariño, «como el más antiguo de los ilustres capitanes de la Independencia»: que Mariño convoque en seguida un congreso de las cuatro provincias de Oriente: que al general José Tadeo Monagas se le reconozca segundo Jefe provisional del Estado hasta la instalación del congreso: por último, que se reconozca la suprema autoridad del gobierno de Venezuela en la persona de su actual Presidente, el general Páez..... Nótese que esto sucedía en Barcelona ocho meses después de sancionada la constitución que habían firmado los representantes legítimos de las cuatro provincias orientales, y que José Tadeo Monagas encabezaba ahora el movimiento federalista sin recordar que él había suscrito en 1829 el acta de Barcelona contra la Unión colombiana y mandado en 1830 (junio y julio) las fuerzas del gobierno contra los que proclamaban la misma Unión. De suerte que la reconstitución de Colombia era simple pretexto para volver á la antigua discordia. Y cual fuese el concepto que de la vida pública tenían los revolucionarios de la época, lo revela una carta que el 24 de mayo dirigía el gobernador de Barcelona, Carlos Padrón, al general José Francisco Bermúdez, comandante de tropas constitucionales. Le decía: «Usted sabe que sólo Caracas (se refiere á la provincia) ha estado autorizada para hacer revoluciones; que sólo á ella ha estado atribuida la facultad de constituirse, y que algún día debía tocarles á las provincias de Oriente el hacerlo.»

Al tenerse noticia en Valencia del primer pronunciamiento de Aragua de Barcelona (el de enero), comisionó el gobierno á Martín Tovar y Alejo Fortique, hombres de pro, universalmente respetados, para celebrar una transacción pacífica con los disidentes, y como no lograrse nada la comisión, confió al general Mariño, ministro de guerra, el mando de una expedición militar. Mariño, á quien los mismos disidentes habían proclamado Jefe del Estado de Oriente, abrió negociaciones con Monagas el 13 de mayo, y se mostró propenso á favorecer el plan encaminado á romper el pacto constitucional de 1830. Lo que dió lugar á que el congreso de 1831 pasase un oficio el 3 de junio al ministro del interior improbandolo agriamente la conducta de Mariño. «El congreso—dice el oficio—ha visto con acerbó dolor que un general encargado de conducir las armas que debían restablecer la constitución y las leyes en las provincias de Oriente, haya manifestado al caudillo de los disidentes su aquiescencia á condiciones que las violarían con escándalo.»

Desde el 18 de abril, el propio congreso había autorizado á Páez, Presidente en campaña, para que si Monagas y demás disidentes ofrecían someterse á la constitución y á las leyes, ajustase con ellos la paz garantizándoles la seguridad de sus personas y propiedades. Convino en ello Monagas en las conferencias del Valle de la Pascua (23 de junio), y al día siguiente expidió Páez un decreto de indulto que el congreso confirmó á 3 de julio.

En otras partes de la República no había encontrado eco la reacción militarista. Apenas pueden relacionarse con ella algunos disturbios ocurridos en Barinas y el golpe de mano que dieron en Caracas unos hombres oscuros el 11 de mayo atacando la guardia de la cárcel, matando á uno de los alcaides y poniendo en libertad á los presos, á quienes pensaban armar en el parque de artillería. Fácilmente los dispersó la policía, y aprehendidos los cabecillas fueron condenados á muerte y pasados por las armas. En armas quedaba solamente un indio llamado José

Dionicio Cisneros, que se titulaba «coronel al servicio de España» y quien de años atrás venía cometiendo todo género de desafueros y crímenes en los valles del Tuy. En este año de 31, Cisneros ofrece someterse á Páez, única autoridad que él reconoció, «con la condición de que le dejen vivir tranquilo disfrutando de sus sementeras (1)». Y por decreto de 21 de noviembre se acuerda amnistía á Cisneros y á seis de sus compañeros, conservándoles sus grados militares. (2)

Entretanto, habíanse practicado pacíficamente las elecciones nacionales, y en el mes de marzo el congreso proclamó Presidente constitucional á Páez y Vicepresidente al licenciado Diego Bautista Urbaneja. Páez formó así su primer ministerio: Antonio Leocadio Guzmán, del interior y justicia; coronel José Hilario Sistiaga, de guerra y marina, y Santos Michelena, de hacienda y relaciones exteriores.

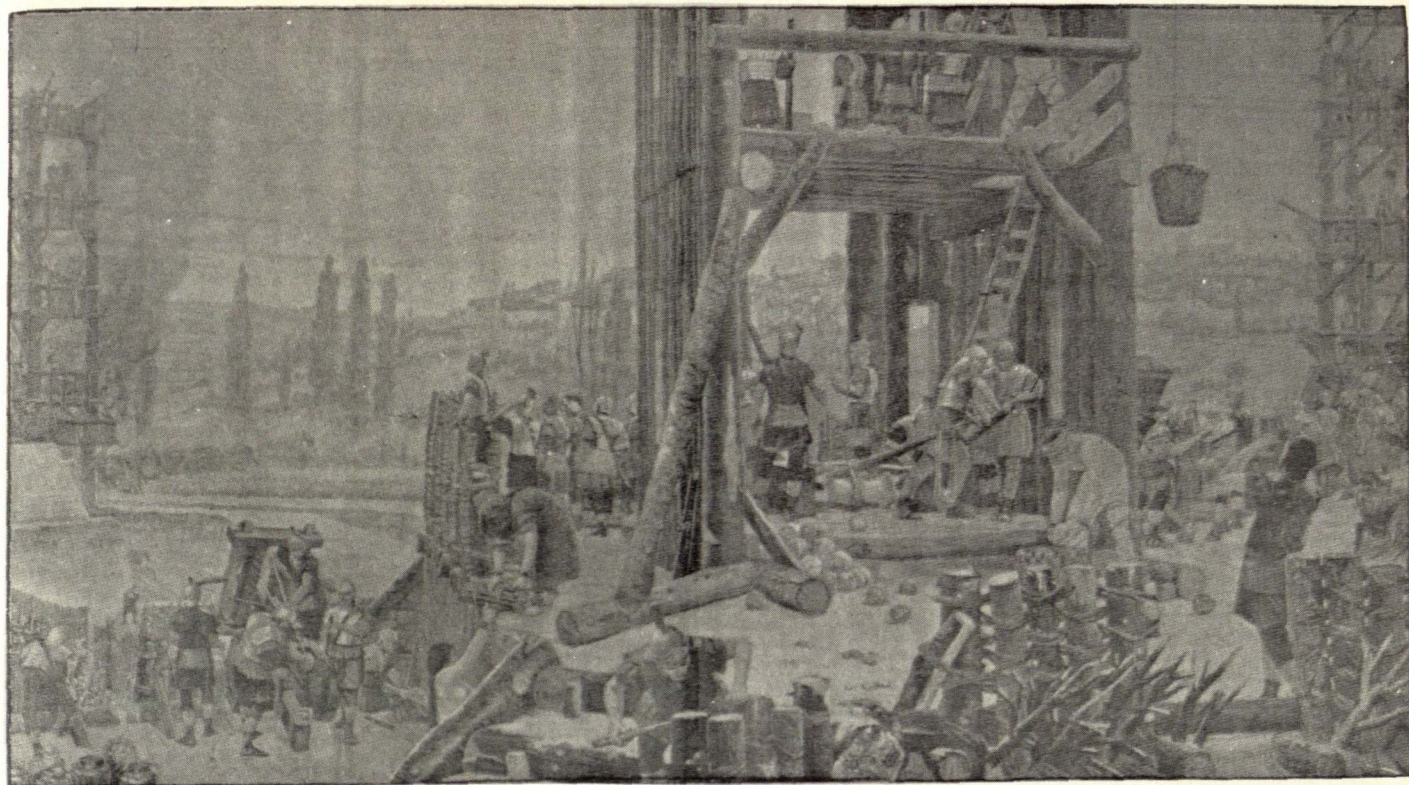
Trancurrió este período constitucional en una calma apenas turbada por la insurrección del coronel Gavante, que fue debelada en breve tiempo (1833). Los congresos se dedicaron á dictar leyes que perfeccionasen las ya inaplicables de la antigua Colombia, y puso empeño el gobierno, especialmente el ministro Michelena, en organizar la hacienda pública (3). Reveló Páez grande habilidad política agrupando á su alrededor á los hombres más influyentes de la oligarquía, así civiles como militares: logró que los unos respetasen sin reservas su autoridad moral y dispuso los temores que pudieran tener los otros de ver sobreponerse el prestigio del guerrero á la eficiencia de las leyes: libró de todo manejo deshonesto la administración de rentas; y á tal punto encadenó á su persona las simpatías de todas las clases sociales, que hasta convirtió en tolerancia afectuosa la censura que pudieran merecer algunos incidentes de su vida privada..... Era ésta todavía, en ciertos aspectos, la del hombre que pasara su infancia en la humilde condición de peón de un hato y su juventud en los campos de batalla, vida de hombre nómada, cuyos impulsos más íntimos gustaban de correr sin freno como el caballo de los Llanos. Separado de su mujer legítima, Doña Dominga Ortiz, llevó vida común con doña Bárbara Nieves, á quien él y sus amigos llamaban familiarmente Barbarita. Después de la batalla de Carabobo, 1821, se instaló con ella en Valencia, y cuando se trasladó la capital á Caracas en 1831 la llevó consigo. Tanto se habituaron los caraqueños á ver esta unión como la cosa más natural del mundo, que la censura de los salones no se reveló nunca con aires de escándalo, y la murmuración callejera se contentaba con ironías inocentes, cual la de distinguir con el nombre de Barbarita una batería de Puerto Cabello que los españoles llamaban La Princesa. Juan Vicente González se hizo vocero de la opinión general sobre estas cosas cuando escribió: «Puede el general Páez parecer culpable, y lo es para escrupulosas conciencias, por un singular afecto del género de aquéllos que el mundo respetó siempre, porque los consagra el tiempo y los ennoblece la constancia. Los afectos durables, la pasión, no encuentran ya censores rígidos y severos: se ha guardado la cólera para esos instintos frívolos y car-

[1] Acta de la sesión del consejo de gobierno, del 21 de agosto.

[2] Acabó mal aquel indio. En 1846, cansado Páez de perdonarle sus resabios de bandido, le sometió por insubordinación á un consejo de guerra, que le condenó á muerte.

[3] Nombrado Michelena Ministro plenipotenciario en Bogotá [1833], le sustituyó el no menos distinguido repúblico José Luis Ramos.

(1) Véase nuestro estudio sobre la *Constitución centro-federal*, publicado en la presente Revista, 1904.



H. P. Motte: Sitio de Alesia

nales, sin pasión, sin lealtad..... (4).» Páez se creía acaso autorizado por el ejemplo del Libertador, cuyo tempestuoso corazón se complacía en deslices amorosos. Faltábale sin embargo aquel tacto de cortesano y aquella espiritual elegancia con que Bolívar supo siempre adornar, como con flores, sus volubles pasiones.....

Es casi unánime el entusiasmo de los escritores venezolanos al hablar de la primera Presidencia de Páez. Su más encarnizado adversario en años posteriores, Antonio Leocadio Guzmán, escribe: «El período de 1831 á 1835 fue un período de moralidad, rectitud, orden y economía..... Páez, á quien en materia de probidad fiscal tenemos por intachable,..... era un hombre de gran sagacidad, y de una ductilidad singular para adaptarse á las circunstancias, siempre en provecho de su autoridad, hasta donde ellas la hacían posible; y sin romper nunca con sus cómplices de 1826 (revolución de Valencia) y 1829 (disolución de Colombia), conocía la necesidad de respetar el elemento colombiano y boliviano en que figuraban todas (?) las entidades reconocidas por nuestros pueblos y gran parte del poder militar. Así se explica que yo fuese su ministro del interior y justicia, y el señor Michelena, liberal de la más honrada secta, ministro de hacienda y relaciones exteriores; y que el señor Urbaneja, Vicepresidente de la República, llevara el timón de la política, apoyado y servido por nosotros dos. De aquí lo recto, lo justo y lo liberal de la primera administración de Páez (5).»

Reinando la paz en todo el país y con ella, provisionalmente, el prestigio de las leyes, se abrió el período electoral de 1834. Repar-

tíase la opinión entre cinco candidatos para la Presidencia de la República. El partido de tendencias militares recomendaba al general Santiago Mariño, y en su defecto al licenciado Diego Bautista Urbaneja, no sin mostrar también simpatías por el general Bartolomé Salom. Páez y su círculo preferían al general Carlos Soublette, señalándole como el único hombre de la época capaz de mantenerse á igual distancia de las tendencias extremadas de los civilistas y de los militares. «Mi voto, escribe Páez, era por el general Soublette, candidato de quien no tenían derecho á desconfiar los defensores del poder civil, y ante quien no podían menos que inclinarse los más renombrados héroes de la Independencia (6).» El nombre del doctor José Vargas juntaba los votos de la Universidad, de los propietarios y agricultores, del comercio, de cuantos en suma querían ya sustraer la República de toda tutela personal, para confiarla al amparo exclusivo de la constitución, ó en otros términos, para sobreponer definitivamente el poder civil á las agitaciones armadas.

Dicho está que la candidatura de Vargas debía ser combatida con violencia por la prensa de los militares. *El Republicano*, periódico marifista redactado por Pedro Carujo, le opone desde su primer número todo género de reparos, aun los más peregrinos. Dice que Vargas no pertenece á la revolución venezolana porque permaneció en el extranjero hasta 1825, y añade: «El patriotismo del doctor Vargas no puede inspirarnos la mayor confianza. Este señor es hoy mismo más extranjero que venezolano, atendida su larga y no interrumpida separación del suelo patrio, las estrechas relaciones que ha contraído en los países en donde ha hecho mansión y la inconstancia con que reside en nuestro Estado..... Acostumbrado á andar de país en país, viviendo en todos igualmente, puesto que se ha consagrado con exclusión á las

ciencias médicas, verosímilmente afectado de un espíritu cosmopolita, lo cual es bien compatible con su profesión, no podemos decir hoy que el doctor Vargas es más bien venezolano que alemán, inglés, francés, norteamericano, español, etc., sino porque Venezuela es el país de su nacimiento.» No creía Carujo en el patriotismo de quien de mozo fué á buscar en otras tierras la ciencia que no había en la suya, como si justamente la circunstancia de haber vivido y estudiado en los pueblos más civilizados no fuese un motivo mayor para que procurase sacar á su patria del relativo atraso en que se hallaba. «Vargas es monarquista,» exclama Carujo, no obstante haber sido Vargas uno de los diputados que mayor parte tomaron en la redacción de la constitución de 1830, y haber dado prueba elocuente de sus opiniones republicanas en todos sus escritos y discursos.

Vargas nació en La Guaira el 10 de marzo de 1786 (7). Estudió medicina en la Universidad de Caracas hasta graduarse de doctor en 1808. En los cuatro años siguientes ejerció su profesión en la provincia de Cumaná. Allí se hallaba en 1810 cuando estalló la revolución del 19 de abril, y fue miembro de la Junta Gubernativa que se formó á ejemplo de la de Caracas. En 1813 estuvo preso con otros patriotas en las bóvedas de La Guaira, y á mediados de este año, ocupada la capital por Bolívar, emprendió viaje á Edimburgo, donde continuó por cinco años sus estudios de medicina y ciencias naturales. Después de viajar por Inglaterra y Francia, fijó su residencia en Puerto Rico hasta 1825, año en que regresó á Caracas. En 1827 fue nombrado rector de la Universidad, y colaboró eficazmente en las reformas de instrucción pública promovidas por Bolívar. Diputado al congreso constituyente de 1830, votó por la separación de Venezuela de la Unión colombiana, aunque sin asociarse á las manifesta-

[4] Escrito publicado en el *Diario de la tarde*, 13 de julio de 1848.

[5] A. L. Guzmán, *Datos históricos suramericanos*, t. III, págs. 294, 306 y 308. Bruselas, 1880.

[6] *Autobiografía*, t. II, pág. 275.

[7] Véase su *Biografía* por el doctor Laureano Villanueva, Caracas, 1883.

ciones hostiles contra el Libertador, mostrando en esto mayor cordura que el mismo Páez, y Yáñez, y Guzmán, y Quintero: brilló por sus discursos moderados y prudentes en la discusión de las más arduas cuestiones de la época, y redactó la alocución que sirve de apéndice a la constitución. Apenas hubo patriótico que contribuyese más que Vargas, en la Universidad, en la prensa y en los congresos, á consolidar los fundamentos de la vida intelectual y política del nuevo Estado.

La diatriba de Carujo venía sobre todo del temor que sobrecogió á los militares de ver convertida la República en una organización puramente civil. Ha de observarse, sin embargo, que el mismo Vargas presentía que semejante ideal estaba aún muy lejos. Se opuso desde el principio á la propaganda de su candidatura, y en el manifiesto que dirigió á los electores el día en que terminaban las elecciones primarias (8 de agosto) les recomendó que votaran por cualquier otro candidato, agregando: «ni por un momento he acogido la idea de poder yo encargarme de los destinos de mi país; porque estoy bien convencido de que carezco, además de la capacidad necesaria para dirigir con acierto tan difícil encargo, de aquel poder moral que dan el prestigio de las grandes acciones y las relaciones adquiridas en la guerra de la Independencia, poder que, en mi opinión, es un resorte poderoso en las actuales circunstancias de Venezuela para robustecer la enervada fuerza de la ley y conjurar con eficacia las tempestades que puedan amenazarla, ó hacer desaparecer, rápida y vigorosamente, los males que la aquejen....» Candor del cual no hay otro ejemplo en la historia venezolana, y que si prueba la evidente insuficiencia de Vargas como jefe de partido, ilumina hoy y enaltece su memoria de hombre honrado. En todas partes es rara esa virtud de sentirse, sinceramente, incapaz de realizar una grande empresa. Los sucesos no tardaron en demostrar que Vargas era el mejor juez de su propio carácter.

En realidad, los que preferían la candidatura de Soubllette, se formaban un concepto exacto de las necesidades del momento. La sustitución de Páez, quien ejercía una especie de poder moderador en la contienda de las contrapuestas ambiciones, no podía hacerse sensatamente sino con otro hombre que no chocase en seguida con el régimen existente y hábitos predominantes, y que asegurase al mismo tiempo sin guerras la alternabilidad republicana. Ese hombre era Soubllette,—si había de descartarse á Urbaneja y á Salom, por quienes mostraban también simpatías los militares encabezados por Mariño. No lo negaban los amigos más perspicaces de Vargas. Su campeón en la prensa, el culto y bizarro polemista Domingo Briceño y Briceño, resumía con fina agudeza las cualidades y defectos de Soubllette en el siguiente esbozo: «Hombre de maneras, de fácil acceso, dulce en palabras, reservado en sentimientos, oye todo, nada dice. Espíritu impasible, pasiones en calma, laborioso en el bufete, concibe con claridad, obedece con placer y manda sin repugnancia. Capacidad singular para evadir, y nunca chocar con el poder. Hábil para conciliar los extremos, difícil para resistirlos con arrogancia á pie firme y nudo pecho. Cortés por carácter, cortesano por inclinación, sus talentos son los de un diplomático y hombre de Estado (8).» Ya va á verse en la historia de 1835 y 1836 que únicamente la diplomacia de un Soubllette hubiera podido evitar largos y desastrosos conflictos.

Los votos de los colegios electorales se repartieron así: por Vargas 103, por Sou-

bllette 45, por Mariño 27, 10 y 10 por Urbaneja y Salom, 5 por Francisco Esteban Gómez, 1 por Andrés Narvarte y otro por Tomás Heres. Y como no hubiese obtenido ninguno la mayoría de dos tercios requerida por la constitución, le tocó al congreso perfeccionar la elección concretándola á los tres candidatos más favorecidos..... Pero ocurrió antes una cosa insólita. No esperó Vargas el resultado, y se dirigió el 18 de enero á los senadores y representantes diciéndoles: «No falta quien haya interpretado mi anterior medida (su alocución á los electores) como un simple acatamiento á la modestia. Se ha padecido una equivocación injusta. Me dirigí á los señores electores como creí que debía, de una manera respetuosa y franca, y en términos bien claros, para hacer conocer mis principios y mi resolución, con el objeto de evitar un paso extremo ó de quedar expedito, si éste fuese inevitable, para insistir, enteramente libre de toda responsabilidad é imputación, en mi excusa racional, justa y patriótica. Yo imploro, Honorables Legisladores, vuestra razón, vuestra justicia, vuestro patriotismo, para que considerando demasiado fundada mi extensión, y revestida de las calificaciones que me atrevo á darle, la atendáis y excluyáis mi nombre de vuestros votos al tiempo de hacer vuestra acertada elección.» Tal obstinación en rechazar la Presidencia hay que admirarla sin reservas, así por su evidente sinceridad como por ser única en nuestra historia; mas conviene advertir que si el manifiesto á los electores se explica por escrúpulos que merecen todo respeto, no sucede lo mismo con esta representación al congreso, porque el congreso no podía tomar en consideración una renuncia anticipada. Debía necesariamente atenerse á su función constitucional de hacer el escrutinio y perfeccionar la elección.»

Así procedió el 6 de febrero de 1835. Concretada la votación á Vargas, Soubllette y Mariño, resultaron 26 votos por Vargas, 16 por Soubllette y 15 por Mariño (estaban presentes 19 senadores y 38 representantes). En la segunda votación, concretada á Vargas y á Soubllette, hubo 35 votos por el primero y 22 por el segundo. En la tercera obtuvo Vargas 43 votos, que formaban más de los dos tercios requeridos, y el presidente del congreso proclamó su elección. El 9 de febrero juró Vargas ante el congreso. Sus ministros fueron: Antonio Leocadio Guzmán, del interior y justicia; coronel Francisco Conde, de guerra y Marina, y José Eusebio Gallegos, de hacienda y relaciones exteriores (9).

No habían transcurrido tres meses, cuando Vargas quiso aprovechar la primera ocasión que se le presentaba de abandonar el poder. Expidió el congreso un decreto el 25 de abril, que creaba un impuesto de uno por ciento sobre las importaciones, para destinarlo á la apertura y composición de caminos, puentes, canales y muelles. Lo objetó Vargas en la forma que prescribía la constitución (artículos 94, 95 y 96). Insistió en el proyecto la cámara de representantes, donde tuvo origen, y lo pasó al senado con las objeciones del Ejecutivo. Mandó el senado archivar el decreto; pero á los pocos días lo volvió á traer á discusión y declaró infundadas las objeciones. Creyó entonces el Ejecutivo que el senado no procedía conforme al artículo 96 de la constitución, porque ya estaba archivado el proyecto, y protestó. Replicó el senado en términos enérgicos: los consideró Vargas ofensivos, y presentó su dimisión el 29 de abril. No la aceptó el congreso el día 30.

Dos meses más, y estalla con mayor vio-

lencia que en 1831 el irrefragable conflicto entre el poder civil y el militarismo. A la verdad, las pretensiones de los militares no habían desaparecido del todo con la sumisión de Monagas y sus parciales en las conferencias del Valle de la Pascua. Siguiéron revelándose en los años posteriores, si bien en forma menos amenazadora. En 1833, un papel público se quejaba amargamente de que el gobierno hubiese suprimido muchos destinos militares, cuales los estados mayores de los departamentos y las comandancias de armas de los distritos y cantones, y de que se hubiesen establecido en cambio «tribunales de letras y de hacienda, cortes de justicia, diputaciones y gobernadores provinciales, consejeros de gobierno, secretarías de Estado, cámaras legislativas, y otros innumerables empleos con crecidos sueldos!! Como si todas estas cosas fuesen puro derroche de ostentación gubernativa!

Para la tendencia militarista no había más armas de oposición al gobierno que la guerra y el golpe de Estado. A una y otro apelaron los militares en 1835. En la madrugada del 8 de julio preséntanse inesperadamente en la casa del Presidente Vargas (10): el gobernador de la provincia, Juan de la Madriz, el comandante de armas coronel Juan de la Cruz Paredes, el primer comandante Narciso Gonell, el capitán Antonio Jelambi y otro oficial, diciendo que el batallón *Anzoátegui* y la guardia de policía en su mayor parte habían dejado sus cuarteles, tomado el parque y puéstose en formación al frente de éste. Un cuarto de hora después, llega un oficial llamado Navarro á la cabeza de un piquete de tropa, y dice al Presidente, que por orden de los generales Diego Ibarra y Justo Briceño debía embarcarse para el extranjero en seguida, porque el gobierno había ya caído, porque el ejército y el pueblo querían un nuevo orden de cosas basado en reformas de la constitución y presidido por los generales Páez y Mariño. Vargas contesta que no cederá sino á la fuerza y convoca allí mismo al consejo de gobierno. Componíanlo, el Vicepresidente de la República Andrés Narvarte, los secretarios del despacho Guzmán, Michelena y Conde, y los consejeros José Domingo Duarte, José María Carreño y Francisco Avendaño, los cuales acuerdan: que se convoque extraordinariamente el congreso conforme al artículo 117 de la constitución: que está autorizado el Ejecutivo para emplear la fuerza armada permanente en el restablecimiento del orden, para llamar al servicio hasta diez mil hombres de la milicia nacional, y para tomar del tesoro las cantidades necesarias. Acto continuo, Vargas expide un decreto nombrando al general Páez jefe de operaciones y comandante del ejército constitucional.

Entretanto, los insurrectos, dueños ya de la ciudad, nombran al general Santiago Mariño jefe superior de la «revolución de la reforma», al general Diego Ibarra comandante general de la provincia, al general Justo Briceño comandante de armas, al general Luis Pirou de Laeroix jefe de Estado mayor, al general Pedro Briceño Méndez gobernador de la provincia y al comandante Pedro Carujo, ascendido á general, comandante del batallón *Anzoátegui*. Una compañía al mando del capitán Julián Castro (el futuro jefe de la revolución de 1858) se forma á la puerta de la casa de Vargas, con orden de no dejar entrar ni salir á nadie sin permiso de los revolucionarios, y en las primeras horas de la mañana va á conferenciar con el cautivo Presidente el nuevo general Carujo, ebrio y arrebatado como de costumbre. Es clásica en las tradiciones venezolanas la entrevista de aquel rebelde de

(9) Santos Michelena se encargó de esta cartera á su regreso de Bogotá.

(10) Vivía entre las esquinas de Camejo y Colón, número 17.



GUERRA RUSO-JAPONESA: Avance de los japoneses en Manchuria—Un ataque nocturno á una posición rusa

oficio, que gozaba de una celebridad sombria por la parte que tomara en 1828 en el atentado contra el Libertador, y el austero Presidente que se veía ahora secuestrado por la soldadesca. Empéñase Carujo en demostrarle que el único medio de evitar la guerra civil era renunciar la Presidencia, alegando que el gobierno estaba de hecho vencido, que los hechos son la fuente del derecho y la revolución el origen de todo gobierno, y que el hecho del 8 de julio sería el derecho del día siguiente..... (en lo que, fuerza es confesarlo, no andaba del todo descaminado). Vargas opone á la brutal franqueza del soldado la calma entera del filósofo, y le contesta que el poder que ejerce no es renunciable sino ante el congreso, ni reconocerá nunca el Presidente de la República la autoridad de una revolución á mano armada. «Señor doctor—grita airado Carujo—el mundo es de los valientes.» «Señor Carujo—replica Vargas—el mundo es del hombre justo y honrado.» En oyendo esto, levántase el soldado con aire de despecho y sale á juntarse con sus compañeros.

No podía ser más crítica la situación del gobierno. Rebelada la guarnición de Caracas; ausente Páez en su hato de Sau Pablo; encerrado el Presidente en su propia casa, apeló Vargas á medios de conciliación y comisionó al ministro del interior, Guzmán, y al consejero Piñango para ofrecer á los revolucionarios que se publicaría en seguida una amnistía general, garantizada con la elección de un jefe del ejército como Páez, que no se mostraba inclinado á ningún partido, ó con el nombramiento de un ministro de guerra que mereciese la confianza de los reformistas: que el gobierno convocaría extraordinariamente el congreso para considerar si debía elegirse una convención nacional; y que el Presidente renunciaría ante el congreso ó ante la convención (11).

Los revolucionarios no juzgan suficientes las proposiciones del gobierno, y reunidos

en junta general resuelven dirigir al Presidente un *ultimatum* (así lo llamaron) con las nueve cláusulas siguientes: «1ª S. E. el Presidente reunirá en la capital una junta de siete á nueve ciudadanos notables, que sean conocidos en la República por sus antiguos servicios y patriotismo, y de la confianza de los jefes de la Reforma, para que esta junta redacte un reglamento que arregle las elecciones que deben hacerse para la gran convención nacional que queda de hecho convocada y deberá instalarse en esta ciudad á la mayor brevedad y ocuparse en hacer las reformas que exige la constitución.—2ª En manos de esta convención, luego que se instale, entregará S. E. el Presidente el mando supremo de la nación á quien ella elija.—3ª Entretanto se organiza este cuerpo y promulga la constitución que acuerde, quedarán vigentes la actual y las leyes, excepto sólo en aquella parte que se oponga al presente convenio.—4ª Para el despacho del gobierno se nombrará un secretario general que despache solo todos los negocios del Estado, debiendo recaer esta elección en una persona que merezca la confianza de los jefes de la Reforma, quedando suprimido el consejo de gobierno.—5ª El mando general de la fuerza armada se conferirá á S. E. el general en jefe Santiago Mariño, el cual lo retendrá hasta que se promulgue la nueva constitución; y los mandos de armas locales ó activos se conferirán entretanto á propuesta del mismo comandante general.—6ª El gobierno superior político de esta provincia se proveerá desde luego á propuesta del secretario general, y la misma regla se observará para proveer los demás que vacaren legalmente.—7ª Los jefes que actualmente dirigen la causa de la Reforma conservarán los puestos

dío Guzmán en *La Opinión Nacional*, setiembre á diciembre de 1877; y sobre todo, como la fuente histórica más segura por la copia de informaciones, los *Documentos para los anales de Venezuela*, 2º período, t. I, pág. 395 y siguientes.—Los diversos testimonios se contradicen en más de un punto; pero los hemos confrontado para afirmar solamente lo que resulta ó cierto ó más verosímil.

que se les han dado, y todas las demás medidas que han dictado quedan de hecho adoptadas.—8ª Puesto que los sucesos ocurridos en Maracaibo en el mes próximo pasado no han tenido otro objeto que el de las reformas, se expedirán órdenes para que cese toda hostilidad entre los que las han proclamado y las tropas del gobierno, debiendo conservarse las fuerzas de los reformistas en el estado que tengan, para que sean destinadas por el comandante en jefe del modo más conveniente á la seguridad: lo mismo deberá hacerse con los demás cuerpos ó ciudadanos armados que se hayan pronunciado por la misma causa.—9ª Con arreglo á las bases anteriormente sentadas, S. E. el Presidente de la República dictará instantáneamente un decreto, que se publicará por bando á cualquiera hora que sea, circulándolo con un manifiesto á todas las provincias y pueblos, en que se les patentice la urgente necesidad y los graves motivos de este pronunciamiento.» Firmaron los generales Diego Ibarra, Justo Briceño, Pedro Briceño Méndez, Pedro Carujo, José Laurencio Silva, L. P. de Lacroix, y los coroneles J. M. Melo, Carlos María Ortega, P. Mares, Ramón Soto, B. Herrera, Andrés Ibarra, Salvador Flores y Rafael Picazo. Mariño no había llegado aún á Caracas.

Los motivos con que querían justificarse los reformistas eran, según el preámbulo del *ultimatum*, que la provincia de Maracaibo estaba insurreccionada (allí se había sublevado el coronel Farías proclamando la «República de Colombia»); que la de Cumaná había sido «rayada de la representación nacional por un acto arbitrario del Congreso»; y que «la capital de la República se hallaba en actitud armada sostenida por el voto del pueblo». Lo de Cumaná fué que las cámaras, separadamente, habían anulado los nombramientos hechos por el colegio electoral de la provincia en 1834, y reunidas en congreso declararon (6 de febrero, 1835) que los votos de dicha provincia para Presidente de la República después de disuelto el

(11) Véase la alocución de Vargas del día 8 y la de Pedro Briceño Méndez del día 9. Además, la reseña que de estos acontecimientos publicó Antonio Leocadia

colegio electoral el 2 de octubre (1834) no debían contarse en el escrutinio general, porque no habían concurrido las dos terceras partes de los electores. El 6 de marzo de 1835, el Congreso mandó practicar de nuevo las elecciones de Cumaná.

Vargas (alocución del 8 de julio) consideró las proposiciones de los reformistas como «entera y escandalosamente incompatibles con las leyes, con la dignidad del gobierno, con la voluntad solemne y repetidamente pronunciada por los pueblos de Venezuela, y con el honor mismo del pueblo venezolano». Rotas así las negociaciones, el Presidente y el Vicepresidente Narvarte fueron trasladados presos á la casa de gobierno en la noche del día 8; el 9 se les condujo á La Guaira, y de allí salieron para San Thomas el 10 á bordo del barco *Aurora*.

A 13 de julio, el general Mariño, titulado jefe superior de la Reforma, expide dos decretos en Caracas. Por el uno reduce á una sola las tres secretarías de Estado y nombra para desempeñarla al general Pedro Briceño Méndez; por el otro convoca para el día siguiente asambleas primarias en cada parroquia de la capital á fin de que «los padres de familia» digan «si conforme al voto público debe reformarse la Constitución por medio de una convención nacional que se convocará desde luego», y nombren el jefe que rija el Estado provisionalmente hasta que se instale la convención. Reunidas las asambleas el 14, se pronuncian por la convención nacional, nombran al general Páez (ya veremos por qué apelan á él los revolucionarios al propio tiempo que el gobierno) para que «dirija provisionalmente el mando supremo de la República», y eligen al general Mariño como segundo, quedando éste «encargado del mando general en jefe de la fuerza armada» hasta que se instale la convención. Y como quiera que toda revolución empieza por poner en práctica los mismos procedimientos autoritarios que le imputaba al gobierno, Mariño expide el 22 de julio otro decreto sobre orden público cuyo artículo 1º reza así: «Todos los que esparzan noticias sediciosas y alarmantes contra el sistema de las Reformas; los que introdujeran y circularan papeles, manuscritos é impresos, con el mismo objeto; y finalmente, los que directa ó indirectamente conspiran contra el orden establecido y tiendan á perturbar de cualquiera manera la tranquilidad pública y el reposo y seguridad de los ciudadanos, serán detenidos, tratados, juzgados y castigados como conspiradores, según la ley; es decir, hasta con la pena de muerte. ¿Por qué entonces derrocar al gobierno con el pretexto de que aplicaba las mismas leyes que los revolucionarios restablecen?

Valencia se pronuncia por las Reformas el 14 de julio, Puerto Cabello el 17, y sucesivamente otros pueblos de Maracaibo, Coro, Barquisimeto, Mérida, Barinas, Apure, Guayana y Margarita. El general José Tadeo Monagas se pronuncia en Aragua de Barcelona el 15 de julio, y el 18 de agosto convoca una convención constituyente del Estado de Oriente que debía instalarse el 20 de setiembre. En el «proyecto de voluntades públicas» que Monagas circula para que lo firmen las asambleas de las provincias orientales, se pide, lo mismo que en 1831, «la unión de la gran República de Colombia en Estados federados», el fuero militar y eclesiástico, la declaración de la religión católica como religión del Estado, y por último, que los empleos públicos «de todas clases» estén «en manos de los fundadores de la libertad y antiguos patriotas»: entiéndase, la vieja oligarquía militar.

¿Qué era de Páez? Recibió casi simultáneamente en su hato de San Pablo el aviso de los revolucionarios de Caracas, que le reconocían como jefe supremo, y el del go-

bierno, que le nombraba comandante general del ejército. Páez, ó porque no quería declararse abiertamente contra los facciosos que buscaban su apoyo, ó porque esperase á tener cuenta exacta de la magnitud de la revolución, ó porque prefiriese en fin apelar á medios de conciliación antes de romper la guerra, procura hábilmente que reconozcan su autoridad militar los dos jefes más importantes que se habían sublevado en el Centro, á saber, el general José Laurencio Silva en Valencia y el general Pedro Alcántara en Turmero. Silva conviene el 25 de julio en unirse con Páez, el cual le ofrece por decreto de la misma fecha «influir lo bastante para que el Congreso Nacional considere y acuerde las reformas que merezca la Constitución», frases escogidas con el único fin de darle la apariencia de un pacto al cambio de actitud del jefe sublevado. Ambos toman camino de Caracas, y logran que Alcántara se les una también con sus tropas.

Al saber ésto, los reformistas abandonan la capital el 27 de julio. Páez la ocupa el 28. Reunido en seguida el Consejo de Gobierno, nombra Vicepresidente provisional de la República al consejero José María Carreño para que ejerza la Presidencia hasta el regreso de Vargas y Narvarte. Quienes vuelven á Caracas el 20 de agosto.

Los dos grupos más fuertes de los reformistas se concentraron en Aragua de Barcelona y Puerto Cabello. Creyó Páez más urgente ir á desbaratar al primero, y siguiendo su método de negociaciones, que tan buenos resultados acababa de darle con Silva y Alcántara, obtuvo que José Tadeo Monagas depositase las armas garantizándole, lo mismo que á los jefes y oficiales que estaban bajo sus órdenes en la provincia de Barcelona, vida, propiedades y los grados militares que tenían el 7 de julio. (12)

El 5 de noviembre, Páez escribe desde Aragua de Barcelona al Presidente Vargas explicándole los motivos que tuvo para expedir su decreto de indulto del Pital, motivos que resumía en la conveniencia de no emplear el ejército en seguir persiguiendo á Monagas y sus parciales, que estaban ya reducidos á unas pocas guerrillas. Vargas le contesta (13 de noviembre) que la opinión pública era contraria á las medidas de clemencia absoluta y que al gobierno se le amenazaba «de perder todo apoyo, de quedar desamparado si adoptaba el sistema de la impunidad»..... La opinión á que se refiere el Presidente la sostenía en el círculo oficial el ministro Santos Michelena. Votó él en el Consejo de gobierno y en el de ministros contra el artículo del decreto del Pital que reconocía sus grados militares á los jefes y oficiales sublevados, porque eran, dijo, «reincidentes en el delito de traición»; y como su voto fuese contradictorio con el de sus colegas, presentó su renuncia el 19 de noviembre. No la aceptó el Presidente; pero Michelena insistió el 24 diciendo: «Si, como lo propuse á su debido tiempo, la cuestión de los grados militares se remite al Congreso para ratificación ó no ratificación, continuaré en el ministerio...; pero, si quedan aprobados expresa ó tácitamente, no permaneceré ni un día más». El 26 se nombró para sustituirle á José Eusebio Gallegos. (13)

A 18 de noviembre, la mayoría del Consejo de gobierno aprueba el decreto del Pital, bien que poniéndole, como á otros in-

dultos anteriores, esta salvedad: «sin perjuicio de la facultad que tiene el Poder Ejecutivo de disponer que sean separados de su domicilio los individuos comprendidos en la gracia que juzgue perjudiciales á la seguridad y orden público, destinándolos temporalmente á otros puntos dentro ó fuera (!) de la República». En los mismos términos dió su aprobación el Presidente el 2 de diciembre.

Pacificado el Oriente, regresa Páez á abrir operaciones sobre Puerto Cabello. El 24 de diciembre llega á San Esteban. Al día siguiente, los del Puerto dan en una emboscada que en Paso Real habían preparado por la noche las tropas del gobierno. Pedro Carujo, herido, cae prisionero, y conducido á Valencia, muere allí el pretoriano instintivo cuyo nombre recordarán siempre dos fechas sombrías,—la noche del 25 de setiembre en Bogotá y la madrugada del 8 de julio en Caracas. Suele decirse que Páez, obedeciendo á un impulso feroz, lo remitió á Valencia con este mensaje verbal: «allá va mi aguinaldo»; pero debemos añadir que semejante anecdota no la refieren sino sus enemigos.

Resistieron dos meses más los reformistas de Puerto Cabello, hasta que en la mañana del 1º de marzo (1836) el castillo Libertador se pronunció por el gobierno. Con lo que á los de la plaza no les quedó otro recurso que rendirse á discreción... De aquí arranca una serie de incidentes cuyo relato nos permitirá fijar la verdadera significación, las consecuencias y aun la filosofía de la lucha entre las dos aspiraciones—civil y militar—de la oligarquía venezolana.

GIL FORTOUL.

París, 1905.



QUE EL VERSO EMBRIAGUE....

Que el verso embriague como un noble vino;
Que esparza aromas de inmortal tristeza
Y evoque, en lontananza de belleza,
La visión de lo vago y lo divino.
Que sea cual diamante cristalino,
Cual diamante de ensueño y de pureza,
Que dorado relámpago atraviesa
En el suave crepúsculo opalino.
Que estremezca las almas con su aliento;
Como el bosque mecido por el Viento
Deje caer la lluvia de sus flores;
Y en imágenes hondas y armonías
Desgrane las sutiles melodías,
Cual un collar de ritmos y fulgores!

LEOPOLDO DIAZ.

(12) Decreto de Páez en la Laguna del Pital, Sabana del Roble, fechado á 3 de noviembre, 1835.

(13) En carta particular de la misma fecha dice Vargas á Michelena: «La condición que usted ha establecido en su insistencia á la renuncia del ministerio, para continuar en su servicio, es de tal naturaleza que prueba bien que su determinación de retirarse es irrevocable. Usted mismo en mi destino no habría admitido tal condición». Véase la *Reseña biográfica de Santos Michelena* por Tomás Michelena, p. 142.

ODA CARNAVALESCA

Trepa á la cumbre olímpica,
Cifre el laurel de Apolo,
Y vaya ¡ oh musa ! el cántico
Del uno al otro polo,
De aguende el mar Atlántico
Allende el otro mar :

Pulsa la ronca cítara
Con ritmo deleitoso
A las floridas márgenes
De Anauco bullicioso,
Para cantar la Ilíada
Del nuevo Carnaval.

Mira : del Valle al pórtico
De la gentil Pastora,
Desde el fatal Carángano
Al lecho de la Aurora,
Todo con loco júbilo
Míralo relucir !

Sobre corceles rápidos
Y fúlgidas calesas,
O ya del ígneo Ténaro
Soplando las pavesas,
Se ve el tumulto en ímpetu
De tempestad venir.

Sus ! que la tierra atónita
Bajo sus pies retumba,
Y al gran clamor la gótica
Flecha en la torre zumba.
¡ Acude, acorre, apréstate,
Caracas la gentil !

Abre las bellas córolas
De esos tus cien jardines,
Deja mirar tus célicas
Mujeres-serafines,
Más lindas que las náyades
Del Darro y del Genil.

Sus ojos como el Héspero
Brillan en noche umbría,
Y sus semblantes púdicos
Son del color del día,
Su voz de aladas cántigas
Emula el suspirar :

Hay en sus labios ámbar
De regalado aroma,
Y en su garganta rítmicos
Arrullos de paloma,
Y rayos en sus párpados
De aurora boreal.

Para el combate tímidas
Mueven el pie de rosas,
Y van como en los cármes
Doradas mariposas
Formando aéreos círculos
En cada abierta flor :

Y al delicado céfiro
Regalan su tesoro,
Vertiendo en pos de nácares
Polvos y estelas de oro,
Y la argentada púrpura
Del oriental señor.

Mira : visión fantástica
Asombra todo el valle,
Del uno al otro término,
De la una á la otra calle ;
Es la legión simbólica
Ya presta á acometer :

Su voz á la áurea bóveda
Remóntase y acrece ;
El Padre Sol descúbrese,
La tierra se estremece,
Y el Avila en su cúpula
Se ve resplandecer.

Ya son raudos hipógrifos,
Ya enormes dromedarios,
Ya espléndidos Arcángeles
Que mecén incensarios,
Ya remembranzas bárbaras
De la pasada edad :

Ya gigantescos pájaros,
Ya enanos y vestiglos,
Fatídicos murciélagos,
Fantasmas de otros siglos,
O colosales númenes
De ignota tempestad.

Ya enamoradas vírgenes
Que en derredor pululan
Formando coros mágicos
Que aquí y allá circulan
A la acordada música
Del indio yaraví.

Suena el guerrero pífano,
Vibra la trompa sola,
O allá, muy lejos, plácido,
Rasgando su bandola,
Canta algún bardo indígena
Su enamorada hurí.

Aquí matrona mórbida
Que al ataúd declina,
Muestra en la intonsa máscara
Hirsuta la pollina,
Y frisa en la octogésima
Tremenda navidad ;

Allí senecto impúdico
Que de emoción palpita,
Busca con labios ávidos
Los labios de Afrodita,
Y entona un himno báquico
De insomne liviandad.

Tras él cual trasgo intrépido
Traspasa á trote esotro,
Y trepa intruso al trópico
Sobre un travieso potro
Que alzó tremenda trápala
En un decir tris, tras.

Después con trances trágicos
A treinta y tres trujanas
A tratos trajo trémulas
Con tropas tramontanas
Que á trancos en el tránsito
Trastrueca Barrabás.

Sus ! que al Olimpo elévase
La resonante gresca.
Musa ! canta la insólita
Función carnavalesca
Al són del largo dáctilo
Y el yambo vividor :

Y llene en torno el ámbito
Tu jubiloso estruendo
Desde la Guaira tórrida
A donde va corriendo
Entre palmeras índicas
El Guaire bullidor.

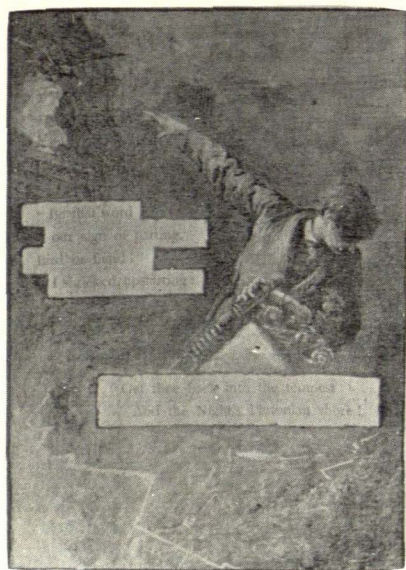
Desde el endeble párvulo
Y el viejo estrafulario
Hasta la dueña grávida
Amiga del rosario,
Todos con hondo anhélito
Venid al festival.

Venid ! dejad los tétricos
Terrenos torcedores,
Ahogad con alto estrépito
Tristezas y dolores,
Que en el mundano vórtice
La vida es carnaval !

FELIPE TEJERA.



GUERRA RUSO-JAPONESA: Traslado de muertos y heridos japoneses, después de un ataque



EDGAR ALLAN PÖE

UNA VISITA Á SU TUMBA

«Estoy esperándolo á usted. La última vez que estuve en Philadelphia, usted me ofreció venir á Baltimore con el principal propósito de visitar la tumba de Edgar Allan Pöe, su amado Poeta, como usted lo llama. Venga pronto. Aquí le haré conocer, además, algunos deudos de la familia del Poeta y una de sus más antiguas admiradoras. Pasará usted unos días agradables». Esto me escribió una amable amiga, y me fuí á Baltimore en una clara mañana dominical, cuando ya las últimas hojas lentamente caían, como lágrimas anunciadoras del cercano Invierno. Los árboles habían cambiado sus vestiduras de esmeralda por el oro moribundo del Otoño. Iba á la ciudad de un Poeta, en esta tierra donde el oro y el acero, en fuerte amalgama, han formado una coraza donde se estrellan las sutiles armas de la Poesía. Yo veía á Baltimore como una Arca Santa donde se guardan preciosas reliquias. Sus árboles me parecían más alegres, sus calles más rientes, sus casas más bellas, su gente más bulliciosa, con un alma distinta, su sol más ardiente. Y bajo estas impresiones llegué á la ciudad como un devoto llega al templo de su fe.

¡Sí! aquéllo fué una Alegría. Aquéllo fué un rayo de sol tropical penetrado en mi espíritu abierto á la Belleza. La amable amiga me esperaba; y en torno de ella, adorables muchachas de la ciudad, fragantes como rosas, llenas de entusiasmo, porque recibían á un extranjero que venía á elevar su oración de arte ante la tumba del Poeta, cuyos versos sabían de memoria.

—«Vamos á Westminster—dijo con su dulce voz de caricia Miss P....—Allí está Edgar.»

Y salimos en galante romería, camino del Camposanto.

A los pocos pasos, las campanas de la vecina Catedral dijeron algo en su lengua mística á los fieles; y entonces con su más amable sonrisa y dirigiéndose á mí, una dama exclamó:

*«Hear the sledges with the bells
Silver bells!*

What a world of merriment their melody foretells!»

Oh, las Campanas de Pöe! Las campanas de plata, las campanas de oro, las campanas de bronce, las campanas de hierro..... Sólo él pudo arrancarles melodías dulcísimas, armonías, alaridos de terror, solemnes pensamientos en el silencio de la noche.

Westminster es un antiguo templo de Baltimore, y la costumbre establecía en pasados tiempos el uso de un cementerio adhirido á la mayor parte de los templos. En el cementerio de Westminster



Monumento de Edgar Allan Pöe en el Cementerio de Westminster

enterraron á Edgar Allan Pöe, el día 8 de octubre de 1849, únicamente en presencia de nueve personas! En 1875 una asociación de Maestros de Escuelas Públicas resolvió erigirle un monumento. Este es modesto y tosco, pero tiene el mérito de haber sido erigido por los encargados de difundir la luz del saber. Ningún otro, en medio de tanto oro, contribuyó para hacer más valiosa y artística aquella obra, bajo la cual duerme quien dió gloria á su país, cristalizando en bellezas la ruda roca de la fealdad.

Llegué á la tumba de Pöe con el alma llena de santo recogimiento, y allí, ante sus cenizas, medité largo rato sobre la vida del Poeta, colmada de dolores, herida por todos los dardos de la adversidad, en tanto que su poesía penetraba en mi espíritu como una música antes no oída. Y me acordé de Juan Antonio Pérez Bonalde, otro pere-

grino como Pöe, otro cantor como él, otra alma como la suya, que trasladó en sublime verso castellano el simbólico «Cuervo» de su hermano. Pöe y Pérez Bonalde sufrieron los mismos rigores del mundo y la misma ingratitude los persiguió más allá de la muerte.

*

Edgar Allan Pöe nació en Boston, la ciudad más literaria de los Estados Unidos; pero su cuna fué ocasional. Su padre, descendiente de irlandeses, habitaba en Baltimore, y se casó con una actriz inglesa, por cuyo acto fué expulsado del hogar paterno. Los Pöe no querían actrices dentro de su familia.

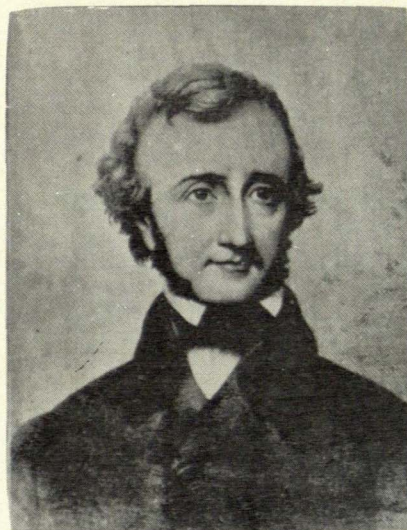
Resolvió entonces David hacerse actor como su mujer, pero cuentan las crónicas que no tuvo suceso en las tablas. En una de sus giras artísticas, estando Elizabeth Arnol de Pöe en Boston, nació Edgar, quizás cuando su madre ensayaba las más ardientes quejas de amor de Julieta ó las más sutiles vaguedades del espíritu de Ofelia. La fecha de su nacimiento fué el 19 de enero de 1809. Muy poco tiempo después, cinco ó seis años, murieron sus padres, y Edgar fué recogido y adoptado por un señor Allan, por cuya razón Edgar Pöe agregó este nombre al suyo. Este señor Allan, un buen señor burgués educó á Pöe, pero fué para él de mal augurio las tendencias de su pupilo por la poesía y su gusto por la vida independiente.

Pöe se separó de la tutela de Mr. Allan y entró á servir como soldado en el ejército americano con el nombre de Edgar A. Perry. En seguida tomó puésto en «West Point» pretendiendo seguir la carrera militar. ¡Pero qué iba á servir esta alma sutil, en cuyo cerebro revoloteaban los versos como un enjambre de abejas, para la ruda carrera de las armas! Comenzó á hacerse negligente, descuidó los deberes de la disciplina, hasta que lo dieron de baja, el cual era su propósito. Cuando esto aconteció no tenía en su bolsillo un céntimo para hacer el viaje á New York, y sus compañeros de milicia hicieron una suscripción con tal fin. Pöe pagó ésto al poco tiempo dedicando la edición





Virginia, esposa del poeta



Edgard Allan Pöe

de sus primeras poesías á los estudiantes de «West Point.»

De aquí comenzó su lucha por la vida. Pero qué lucha! En medio de la tempestad, en pleno Océano, después del naufragio de la nave trasatlántica, en débil barca, está un hombre en la plenitud de su vida peleando como un león contra la muerte. Se salvó. Va al desierto, y allí el vendaval lo azota sin misericordia arrojándolo al oasis que en un momento se convierte en montaña tenebrosa, sin vereda conocida, habitada por fieras que rugen como un volcán y afilan sus uñas en actitud hostil contra el osado que penetra en sus dominios. Imaginad la desesperada batalla de este hombre y tendréis un pálido símil de la de Edgar Pöe.

Lanzado al mundo así, al acaso, Edgar tenía en su alma toda la herencia de su madre. Una actriz ésta, recorriendo ciudades y pueblos distintos, su espíritu era un espíritu *bohémio*. Amaba el Arte y sabía interpretarlo. La escena era su trono. Allí se hacía adorar como reina. Sus ojos—¡qué ojos los de Elizabeth!—eran como dos soles en zenit, grandes, ardientes, luminosos. Tomó un marido por la parte que tenía de mujer, y le dió á su hijo toda su sensibilidad, toda su fuerza, toda su vida. Por eso murió al poco tiempo.

Edgar Pöe *fué hijo de su madre*. Si ésta no lo hubiera concebido, ella habría vivido luengos años, como Sarah, como Eleonora..... Pero allí se fué toda su vida y todo su arte.

En un país que se llama Estados Unidos no puede existir un criterio nacional; porque las naciones para consolidar su espíritu, sus tendencias, sus costumbres,

su religión, han menester que de frontera á frontera, prive un solo criterio, se agite una alma única, y sean llamadas Venezuela, Francia, Italia, España, Inglaterra.....

Estados Unidos, vastísimo territorio donde la naturaleza ha sido pródiga en sus dones, ha sido también el refugio de todas las razas, de todos los pueblos. El africano salvaje, el triste y anémico chino, el rubicundo y absorbente hijo del Támesis, el ardiente italiano, el cortés habitador de Francia, el soñador de España, el frío y calculador alemán, el meticuloso judío, los últimos degenerados restos de la sagrada Grecia, el ambulante árabe y los habitantes de las frías regiones de Escandinavia, han dado vida á este país con sus músculos. Pero sólo han producido dinero, dinero, dinero..... El arte ha quedado por allá, con sus templos y sus fieles.

En medio de este maremagnum se encontro Edgar Pöe. ¿A quién iba á cantar que oyera su música, sólo comprendida por espíritus sutilísimos?

Sin recursos para la vida, huérfano, sin protección, sin amigos, únicamente poseedor de tesoros de sueños, el naufragio de su existencia era inevitable en un país mercantilista, duro á las sutilezas del que va anhelante á la conquista del oro como su único ideal. Pöe tenía muy pocos amigos: no gustaba de las intimidades. Su orgullo, su gran orgullo de hombre superior, lo alejaba del trato social. Empezó á escribir y á padecer. Comía el pan que le daba su pluma. Pero qué pan tan duro y tan amargo! Tuvo riñas desesperadas con los editores de revistas. Fundó algunas con aquellos edi-

tores, haciéndolas prósperas, y después lo robaban miserablemente. Peleaba con ellos, pero perdía el pleito. Peregrinó por todas las ciudades: habló, escribió gritó; pero no fué oído, que sí calumniado. Lo acusaban de borracho. De borracho á él, que llevaba en su cerebro la divina borrachera de la Poesía!

Que Pöe bebía whiskey, que era lo que él podía beber aquí, está bien: era el único mal mejor que podía encontrar en medio de su adversidad. Cerebro exaltado, imaginación prodigiosa, alma sensitiva, la más pequeña dosis de alcohol debilitaba sus facultades y sus músculos. ¿Cuánta cantidad de alcohol podría resistir un tal cerebro como el de él? No más de dos ó tres pequeñas dosis; porque su cerebro existía en perpetua embriaguez, producida por ese licor delicioso que no les es dado probar á los bien equilibrados. Estos podrían muy bien beberse un tonel, se lo beben, y no se emborrachan. Pero borracho y todo Edgar Pöe pintó admirables lienzos en prosa, y edificó suntuosos palacios orquestales de Poesía. Anda tú, moralista de temperancia, de mente equilibrada, y señálame una belleza de tu vida, algo que haga deleitar, no digo al mundo ni á tu patria, que siquiera á tu parroquia!

Borracho Pöe, el alma más luminosa de su tierra, el Artista más bello de su lengua! Anda y toca una campana, á ver si puedes arrancarle la música que él; ó intenta conversar con el Cuervo á ver si lo entiendes ó te entiende.

Dos almas suavizaron la senda del Poeta con su amor: Virginia y la madre de ésta. Virginia era su prima, y el amor prendió su llama en los dos

corazones. Fueron esposos. Pero qué esposa tan bella era Virginia! No más de catorce á quince años, tenía tal dulzura, era tan artista, tan suave, tan fina, que su «amada muchachita» como el Poeta la llamaba, constituyó su consuelo, y fué la única copa donde pudo beber un poco de felicidad. Pero era Virginia como un cristal muy sutil que se rompe al menor viento. La muerte la había señalado con el dedo: la tisis era su agente. De una ciudad á otra, Pöe, su «chiquilla» y su admirable suegra, no tenían punto de reposo. Así lo reclamaba la dura lucha por la existencia. De Baltimore á Richmond, de Richmond á Boston, de Boston á Philadelphia, de Philadelphia á New York. A New York llegó una vez la caravana bohemia, y como escaseaba el dinero fué á alojarse en un tugurio. Pöe escribía al poco tiempo lo siguiente: «El lugar donde estamos alojados es el más barato boarding que en mi vida he conocido». Después la caravana fué á habitar una pobre y destartada casa de campo vecina á New York. Aquí los sorprendió el rigor del invierno, sin abrigo y sin lumbre, y la muerte visitó la pobre cabaña para llevarse á Virginia. Se la llevó. Qué terrible drama aquél! Tres eran los actores: Virginia que se moría, su madre y el Poeta, que estaban muriendo también por su muerte. El único espectador era un gato. El frío helaba los miembros y las almas, y en aquella desolación, en aquel supremo afán de darle vida á la almita que se iba, la madre calentaba con sus manos los pies de Virginia, Edgar sus manos, en tanto que el felino daba calor á su pecho. Virginia murió en enero de 1847.

Aquello fué un derrumbamiento en la vida del Poeta. Enfermó, enloqueció. El choque fué muy rudo. En las incoherencias de su locura decía cosas muy bellas no comprendidas por ninguno. Pocos meses después escribía él á un amigo lo siguiente: «Cuando yo enloquecí por la muerte de mi Virginia, mis enemigos atribuyeron mi locura al alcohol. ¡Miserables!»

De aquí en adelante fué su vida una vía dolorosa. Viajó al norte, al sur, al oeste, en busca de pan y de algún bienestar para su espíritu. No encontró nada: sólo amarguras por todas partes. Su única alentadora, la única que en el mundo lo amaba como á un hijo predilecto era su suegra, su admirable suegra la señora Clemm. «Todavía es tiempo de vivir, Edgar: anda, lucha, vence». Pero Edgar era ya un vencido. Un vencido por la naturaleza y por su patria. Estaba en Richmond. Tomó el tren con el propósito de ir á New York, pero sintiéndose mal se quedó en Baltimore, la ciudad de sus antecesores, una de las ciudades que más había amado. Quería entregarse allí. Quería pagar su tributo á la ciudad del Lord. Hogar, no lo tenía en ninguna parte, ni aún allí. Su hogar era el arroyo, y en medio del arroyo, en la tenebrosidad de la noche, cayó desplomado como una torre de marfil que se rom-

pe en pedazos, cantando contra la piedra la última canción. «El «Hospital de la Universidad de Washington» lo recogió en sus celdas; y á la media noche se fué de una tierra que lo había matado de hambre y de sed: hambre y sed del cuerpo; hambre y sed del alma. El Cuervo estaba allí, cuyos graznidos repercutían por los ámbitos de la tierra americana; y las campanas enmudecían, temerosas de no poder producir la música que el Poeta les sorprendió en un rapto de genio. Adiós, Poeta! Dale á Virginia el más dulce beso de tus labios, y agita tus manos como un gonfalon azul, en señal de saludo cariñoso á nosotros, tus hermanos los Latinos.

*

Cuarenta años vivió Pöe. Cuarenta años de calvario. Nacido para Príncipe, lo arrojaron al lugar de los siervos; pero no sirviendo para tal, portaba su corona de Rey, más brillante y más noble que la de todos los monarcas de la tierra. Millonario de la fantasía, su prosa escudriñaba los más recónditos pensamientos, creando cuadros de crímenes perpetrados y solucionados, que asombrarían al más experto Juez. Era médico, era arquitecto, era anticuario. Sus críticas sobre estos asuntos son demoliciones. La ironía y el sarcasmo se desprenden de ellas como una catarata. Pero sobre todo fué Artista supremo, Poeta inimitable. Allí están sus poemas. Cada uno de ellos tiene su alma, su personalidad. «El Cuervo», traducido admirablemente al castellano por nuestro amado Pérez Bonalde, es el poema ultraterrestre, nacido en yo no sé qué sombras terroríficas, desvanecidas de rato en rato por luz de centellas. La duda, la angustia, la lucha, el grito arripotente de la desesperación que anhela por el triunfo, son sofocados por esta palabra terrible: «¡Nunca más!» Ese pajarraco sombrío no concede nada. «Nihil» es su divisa. «No más», «nada más», «nunca más!»

Para este poema de las sombras, con una música que yo quiero llamar Wagneriana, está aquí este otro de una música que yo no había oído antes de ahora: «Las Campanas». ¿Quién será capaz de trasladar á otra lengua este alcázar fabricado con un cristal tan sutil, tan vibrante, que no se le rompa en mil pedazos? Así se tortura una lengua! Así se la castiga con disciplinas de diamantes, para que obedezca á la melodía, á la armonía, al ritmo sublimes. Son de oro estas campanas; son de hierro, son de plata, son de bronce. Cada una regala un sonido distinto, dice una alegría, una felicidad, un terror, un pensamiento solemne. Y todas cantan su música en el silente aire de la noche, en medio de la soledad, sin notas importunas que vengan á robarle sus bellezas. Yo me he torturado largas noches con este poema, para embellecer mi espíritu en su música. Pero la traducción es difícil. Cada frase del inglés en el poema, corresponde á un sonido de las campanas. Es la más original ono-

mapopeya nunca oída. Las campanas de plata dicen así:

*«Hear the sledges with the bells—
Silver bells!»*

What a world of merriment their melody foretells!

How they tinkle, tinkle, tinkle,

In the icy air of night!

While the stars that oversprinkle

All the heavens, seem to twinkle

With a crystalline delight;

Keeping time, time, time,

In a sort of Runic rhyme,

To the tintinnabulation that so musically wells

From the bells, bells, bells, bells,

Bells, bells, bells—

From the jingling and the tinkling of the bells».

*

Como un barco que se aleja de la costa, lentamente el sol caía, proyectando las sombras de los sauces y los pinos; ráfagas de viento helado se rompían en nuestros rostros, en una suerte de millares de agujas sutilísimas; y mi mano se alzó, y mis labios se movieron para decir adiós al Poeta y sus dos compañeras, su suegra y su Virginia, que duermen á cada lado de su tumba, como dos suspiros de misericordia en medio de la eterna noche tenebrosa.

Oh, Baltimore! Siempre llevaré tu recuerdo en mí. Nunca podré olvidar la emoción de belleza que regalaste á mi alma. Allí me impregné de la vida y el arte del Poeta que duerme en tu regazo. Y sobre todo tendré siempre presente el amor que por él guardan algunas de tus hijas: Miss Rice, Miss Evans, Miss Piggot.....

Cuando retorné á Philadelphia estaba alegre. Traía la santa Alegría del Arte, producida por la noble Tristeza de las remembranzas, ante una vida que pasó por el mundo como un canto, como un dolor, como un gemido de armonía.

F. SALCEDO OCHOA.

Philadelphia—Enero—1905.

A VIRGINIA POE

—

Blanca y suave, cual flor de invernadero pasaste por la vida sin odios, ni rencores; y con sangre purísima de infinitos dolores ungiste la inclemencia de tu áspero sendero.

—

Por la ruta inaccesible, tu espíritu ligero ascendía entre zarzas de gloriosos amores; y tu mano adorable, tapizaba de flores la vía del Amado, del doliente viajero.

—

Sobre tu seno de tísica el poeta vencido —en horas de tristeza, de dulzura y olvido— reposaba su frente por los pesares mustia....

—

Una tarde...la muerte se arrebujó en tulecho... —un gato calentaba tus pies...—Edgar tu pecho... y tu madre las manos...con indecible angustia!...

J. I. VARGAS VILA.

Nueva York.



Carnaval de 1905: Fiesta de niños en el Club Venezuela — (Fot. Manrique & C^ª, para EL COJO ILUSTRADO)

EL ALMA MUERTA

A Leopoldo Lugones.

¡Oh la paz y el silencio de los tiempos feudales
Cuando fui solitario monje benedictino,
Cuando amor de mis noches fué el Cordero divino,
Y pintaba mayúsculas en los grandes misales!

De mi carne el cilicio fueron verdes rosales,
Y mi solo regalo fué la hostia y el vino,
Y de abrojos punzantes ericé mi camino
Do vagaron un tiempo los Pecados mortales.

Pero fueron ayunos y oraciones en vano....
Siempre rojas mayúsculas dibujaba mi mano,
Siempre en rojas mayúsculas se extasiaban mis ojos.

De Satán fué mi alma; de Satán fué mi anhelo,
Pues cerró con tinieblas mi camino hacia el Cielo
El recuerdo implacable de unos labios muy rojos.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

LA VIDA DE LOS MUERTOS

A Armand Silvestre.

(DE J. M. DE HEREDIA)

Cuando durmamos juntos en la fosa callada,
Y á velar nuestro sueño sólo una cruz se eleve,
Florece en tu cuerpo, puro lirio de nieve;
Surgirá de mi carne la rosa ensangrentada.

Y la divina muerte, de tu Musa adorada
Que piadosa en las tumbas calma y olvido llueve,
Por el cielo, al arrullo de una música leve,
Nos abrirá á otros mundos una senda encantada.

Y unidas nuestras almas subirán á la Altura,
Que otra luz ilumina más hermosa y más pura,
A fundirse en las llamas de fuego eterno y santo;

Y enlazados los nombres de poeta y amigo
Viviremos por siempre, de la Gloria al abrigo,
Con las sombras sagradas que hizo hermanas el canto.

ANTONIO JOSÉ CARO.

RETO

Poeta soy! Para mis versos tomo
Lo más bello del alma y de la tierra:
Vida, Verdad, Amor, . . . cuanto se encierra
Bajo la gloria del celeste domo.

Mi verso es albo y luminoso, como
Vellón de nube ó nieve de la sierra.
Mi verso es flor. Para la roja guerra
Ciño puñal de rutilante pomo.

Vosotros, formidables luchadores
Que os hundís en los bárbaros horrores
Al épico clamor de las cornetas,

No os burléis de los buenos soñadores,
Que bajo la sonrisa de las flores
Ocultamos un áspid los poetas!

J. T. ARREAZA CALATRAVA.



EL SUBURBIO

(POR JUAN D' SOLA)

VALENCIA, ensangrentada por las púrpuras crepusculares, luce al sol muriente su silencio y su tristeza.

Sus melancólicos arrabales sin bellezas y en eternal modorra, dicen: de la senecta alma española conventual é incon-solable.

En las charcas de las callejuelas, se ve la sangre del crepúsculo y la agonía de la tarde. Es un espejo cada charca del arroyo, copiadora de las pantominas del cielo.

Los pueblos venezolanos anestesiados por el sol, son pueblos murriosos y llenos de silencio.

El sol de febrero es una hoguera blanca que retuesta los guijarros y calcina la tierra roja en las horas caniculares.

En el trópico—culpable es la inclemencia del sol—de la languidez de los hombres; del mutismo de las mujeres, de la melancolía de los suburbios y de la enorme tristeza de las cosas.

La tarde acentúa más el desconsuelo en el arrabal; la muerte del sol hace más intensa la melancolía en los suburbios valencianos.

Hombres de la gleba se reúnen en las esquinas del arrabal. Los granujas se agrupan alrededor de una caja negra que semeja un sarcófago: el organillo.

En el pecho del organillo se ríe una mujer impúdica: señala en risa lasciva sus impecables dientes blanquísimos.

Es una lámina alegre é incitadora, igual á las mujeres voluptuosas de las panderetas sevillanas y de las cajas de las pasas malagueñas.

Todo cuanto de sensual y árabe tiene la raza española lo delatan esas muñecas andaluzas.

El organillo en Venezuela es el taumaturgo de los barrios. Es un buen viejo canoro que aplaca la tristeza de las tardes de febrero.

De arrabal en arrabal va desparramando sus músicas sencillas—arrancadoras en los semblantes hoscas de ingenuas mucas y frescas risotadas. Es un sano señor armónico, amado del populacho por sus canciones picarescas y sus elocuentes tarantelas. Adorado por la granujería porque prende en sus almitas tranquilas dulces hilos de ensueño.

El organillo en una esquina del barrio, empieza á desgranar la eufonía de sus notas gemebundas.

El hombre que le da vueltas al manubrio está tocado de una luminosa alegría—se siente creador de músicas y forjador de sonidos—su cara sonríe placidamente á los granujas.

El Tejar es un suburbio valenciano donde los organillos prodigan sus tangos en las claras tardes de verano.

El hombre del manubrio le arranca al señor organillo, un haz de notas agudas que prende en los aires mugidos de bueyes cansados.

Los granujas danzan.....

La extraña música criolla hace milagros: una ventana se abre y la cara clorótica de una mujer sonríe; los perros vagabundos y famélicos por su quietud parece que oyen también.

Después, el organillero varía la música, y entonces es un vals popular el que se abre en el cilindro como un gran abanico de papel violeta.

El vals es monótono, saturado de fiebre y de tristeza; evoca en los hombres del suburbio escenas muertas y cosas pasadas: el vals es un coro de pañíderas que lloran y ríen: parece el lloro de un suplicado en dúo con un clarín.

Termina el vals, y empieza entonces un raro hacinamiento de regionales sonnes. Parece ahora que es el organillo el que se queja—que se duele de su vida triste de bohemio no comprendido.

Diríase que el viejo organillo asmático quiere echársela de refinado artista—de exquisito y pedantesco que se avergüenza por su vivir de aventurero errante.

Parecen las notas, protestas del organillo poeta, que siente desprecio profundo por las gentes toscas á quien deleita con sus polcas.

Los quejidos del organillo simulan una trágica historia contada por Polichinela.

Y continúa el organillo dando músicas: una música errabunda que llega como un rocío á los techos de las casuchas y al agua de las charcas.

Del organillo brota una agua cantora é invisible que lava el polvo de los sucios muros y aplaca el polvo de las callejuelas.

Es un hilo sonante de agua que todo lo purifica. Agua musical que rueda por el arroyo y va á caer en el Cabriales.

Agua musical que refrigera á los perros y á los granujas.

Agua musical que forma gotas y signos en los alambres telefónicos.

Agua musical que limpia en los oscuros cerebros de la gleba toda la tristeza del día que muere.

Se aleja el organillo; se dispersan los granujas; pero el agua que brotó del señor asmático, continúa humedeciendo cerebros toscos y almas rudas.....

DE POR QUÉ NO SOY YO LIMPIA-BOTAS

(POR R. BENAVIDES PONCE)

Más de una vez he intentado, y lo confieso con todas las fuerzas de mi alma, debido á un misterioso afán que me devora, limpiar las botas de los transeúntes.

Más de una vez, recostado indolentemente en el ángulo de una esquina, he pensado detenidamente en la aristocracia del calzado.

Unos y otros los días pasan, sin que yo pueda sustraerme á este capricho, que me tengo casi averiguado después de mucho cavilar, que en fin de fines, no viene á ser otra cosa que para los unos, una extravagancia; para los otros, una necesidad, y para los más, una barbaridad muy propia, de quien como yo, cree á pies juntillas en la gloria, en la honradez de los hombres, y en mil tonterías dignas más bien de un lunático, que de un sér que se precia de cuerdo á pesar de escribir versos.

La aristocracia del calzado, es para mí, una de las más puras, más limpias y más radiantes de todas las aristocracias.

Unas botas de charol son mi más alto ideal; y cuando los reverses de la fortuna, casi siempre esquiva, no me permiten llevarlas á la altura de mi deseo, lloro interiormente como un chiquillo.

El brillo del charol ejerce en mi espíritu una atracción tal, que más de una vez se me han pasado las horas muertas en envidiosa actitud, delante de la vidriera repleta de botas al estilo Luis XV.

He pensado varias veces en la elección de carrera; los versos no dan sino calamidades; y, ya que esa vocación, con que según creo, me ha dotado la naturaleza, no me proporciona cosa alguna que valga la pena, he pensado, y casi lo he tenido por resuelto, meterme á limpia-botas.

Varias veces he intentado poner en práctica esta otra vocación; pero hé aquí que me he tropezado con la más cruel y la mayor de todas las dificultades: mi columna vertebral es enteriza, y por más que lo he intentado, jamás he podido lograr la beatífica posición que requiere tal oficio. Mi columna se niega fuertemente á la beatífica posición requerida; y ante la imposibilidad de poder desarrollar y poner en práctica esa otra facultad que poseo, y que por más que me atrae no puedo practicar, me veo resignado á continuar por los días que me resten de vida, en la improductiva tarea de escribir versos, aunque los versos no produzcan ni la miseria de un par de botas al estilo Luis XV, y sí la mayor y la más cruel de todas las cándideces, que es la de amar la gloria y esperar la justicia de los hombres.



Carnaval de 1905: Fiesta de niños en el "Club Venezuela"—(Fot. Manrique & C^a, para EL COJO ILUSTRADO)

IDILIOS

(POR EMILIO PRUD'HOMME)

La gota de rocío y el rayo de luz que la penetra para formar el iris se aman menos que Maruca y Cleto.

Los dos niños nacieron en un mismo día.

Cuentan siete años de edad.

Nunca se separan.

Los alrededores de la casa de campo en que habitan son el teatro de sus juegos y de sus correrías.

Nunca riñen. Se adivinan los antojos y es dicha inmensa para uno y otra el complacerse mutuamente.

Juegan á todos los juegos.

Una tarde jugaban á casarse.

Dónde y cuándo habían visto las nupciales ceremonias, no se sabe.

Acaso las adivinaron

El cielo estaba muy azul, la brisa muy blanda y el sol muy bajo ya.

Cleto tejó una corona de buenas tardes y clavellinas, y adornó con ella la frente de la tierna novia. Después la besó mucho, cogidas con ambas manos las mejillitas de rosa.

Ella reclinó tiernamente la angelical cabeza sobre el pecho del inocente esposo, y ambos cerraron los ojos fingiendo que dormían.

El sol se puso: el crepúsculo tembló sobre el follaje de la selva y el ruiñeñor cercano trínó plácidamente; pero no buscó su nido.

Han transcurrido algunos años.

Maruca y Cleto no se separan aunque ya son grandes. Sus gustos y sus amores son los mismos.

Se necesitan como el cuerpo y el espíritu.

Son dos flores reciprocamente parásitas.

Han transcurrido más años aún.

Se abrió la flor hermosa. Su perfume delicado embalsama el ambiente.

Se casa Maruca.

Cleto es feliz, empero, porque el amor de su Maruca no ha disminuído ni tanto así como la yema del meñique.

Un poquito de separación y nada más.

Una tarde de la luna de miel los encontró el esposo en el jardín, sentados muy juntitos. Ella jugando con los cabellos de Cleto, él acariciando una mano de Maruca.

No hubo sorpresa, ni palidez, ni turbación.

El esposo no se encendió en cólera. No sintió la mordedura triturante de los celos. Se acercó sonreído al grupo y se sintió feliz.

Maruca y Cleto eran hermanos gemelos.

El cielo estaba muy azul, la brisa muy blanda y el sol muy bajo ya.

—De qué tratábais—preguntó el joven esposo con afectuosa familiaridad.

—Recordábamos los días de nuestra venturosa infancia—respondió Maruca.

Ojalá que tú también hubieras estado con nosotros desde entonces.

Mira, allí, á la sombra de aquel nispero nos casamos Cleto y yo una tarde como esta.

—¿Que os casasteis, pícaros?—dijo el esposo, entre carcajadas alegres y francas—con que así me habéis engañado? Pues no os perdono si no me referís cómo fueron esas bodas.

—Que te lo cuente Maruca—dijo Cleto poniéndose de pie. Tengo qué hacer y os dejo por algunos instantes. Hasta luego. Y estrechó con sencillez afecto la mano de sus jóvenes hermanos.

—A ver, cuéntame, cuéntame,—dijo con amante curiosidad el joven esposo á Maruca, cuando quedaron solos. —¿Cómo os casasteis?

—Así—respondió Maruca, estrechando con pasión la mano de su maridito—Cleto tejó una corona de buenas tardes y clavellinas; me la puso en la frente; me besó, y yo recliné la cabeza sobre su pecho... así...

Calló la hermosa; se oyó resonar un beso; se puso el sol; el crepúsculo tembló sobre el follaje de la selva; y el ruiseñor cercano trino placidamente, abrió las alas, voló contento y se posó en su nido.

LA SERENATA DE BODA

(CUENTO PROVINCIANO POR CRISTÓBAL CASTRO)

En la sacristía, á la luz de las velas y entre los solanazos del acólito, la boda pobre cuchichea y se ríe.

El novio—gallardo, recio, pensativo,—pasea, entre chupadas al puro, su gran capa arrastrona. Padrinos y convidados dicen, entre pullas, burdos epigramas cortijeros. Mas él, ensimismado en su felicidad, á solas con la alegría de su alma, ni les mira, ni les oye casi.

Junto á las grandes cómodas jaspeadas, un grupo de maliciosas mocitas uniése á la novia. Y ella, con el recato de la virginidad en sentencia, disimula, suspirando hondamente. De cuando en cuando sus gallardeos de bonita la llevan á recrearse en sus galas. Se ve retratada en el pulido cristal de una cornucopia, y entonces, como despertando á una tan venturosa realidad se ríe....

Del archivo parroquial, pared por medio, salen voces como de disputa.

El Cura extiende la partida de casamiento y el sacristán comenta el arancel.

Revestido con capa pluvial el sacerdote, dando cabezadas el acólito y refunfuñando el sacristán, la comitiva entra en el templo á oscuras, alterando el silencio de panteón de las naves con el rumor de cuchicheo y de tosidos.

Allá en las penumbras del coro, el viejo organista toca un villancico.

Forman los convidados coro de malicia; los padrinos se guían, entre intencionados “¡ejum!”, y el sacerdote, en medio de los novios rumorea la epístola de San Pablo.

Reina un silencio expectante, y cuando los novios se dan la mano y el sacerdo-

te los bendice, el sacristán hace señas al coro con un pañuelo; el viejo organista lanza, como un pregón de gloria, las sevillanas, y el acólito, despabilado y jaranero, canta alegremente.

En la soledad de las calles oscuras suena quejumbroso como un psalmo, el “Ave María Purísima!” del sereno. La noche, fría y negra, tiene aires de vendaval, y los rosales luneros tiemblan de frío en su macetas.

De pronto, un vigoroso rasgueo de guitarras hiende triunfalmente sus aires. Y jaleado por voces como aullidos, un mocito gañán comienza la serenata de bodas:

“Frasquillo el de los Nogales
¡qué feliz debe de ser,
tan satisfecho en su casa
abrazado á su mujer”.

Un coro de gritos y risotadas pone estruendo á la repentinizada copla. Va, de mano en mano, la botija de aguardiente; se encienden los puros de á real, crecen la algazara y el contento, y de pronto, uno de la pandilla, escalando la reja, se alza hasta el balcón nupcial, aporreando los cristales.

Sigue al estruendo un silencio repentino y grande. Oyese, después, el crujir de las cristalerías. Frasquillo con los ojos relumbrantes de dicha, y botella en mano, da á sus amigos las buenas noches.

La pandilla bebe el rosoli matrimonial; suben las pullas maliciosas hasta el balcón donde el Himeneo triunfa y tras nuevos tragos de rosoli vuelve el novio á su felicidad y la pandilla á sus coplas de serenata.

...Allá, al extremo de la calle, asomando sus celos por la esquina, tapando su vergüenza con la capa, un desairado galán escupe al cielo sus rencores.

Cada copla se mete en sus entrañas, como una puñalada á traición. Y recordando el amor de aquella mujer infame, desesperado ante la pérdida por siempre del paraíso de su alma, loco por los celos y por la envidia, avanza hasta el corro de mocitos:

—“Caballeros”—dice.—Vengo á echar mi copla. Yo también soy de la pandilla.

Y entre el imponente silencio de los demás, sin acompañamiento de guitarras, pero coreado por un rencor doliente, el triste gañán canta esta maldición:

Deja de besar y escucha,
mala mujer sin entrañas.
La “vigen” del Carmen quiera
te maten como me matas...”

AUNQUE OS PESE

(POR JOSÉ NOGALES)

○s voy á contar—decía el viejo poniendo al sol la cara más blanca que un pedazo de mármol—una historia muy triste. No es la historia de la hoja de roble roída por la cabra montés, ni la historia de la florecilla del prado que dice al mancebo: “písame con cuidado, no vayas á resbalar”. ¡Oh, no! Es una más triste. ¿No lo creéis? Pues hay que

creer lo que dicen los viejos, que son casi unos santos: están más cerca de Dios.

Guiomar se llamaba, y aún vive en la memoria de la buena gente. ¿Hermosa decís? ¡Vaya si era hermosa! Un lirio del campo; una espiga en granazón. Era todavía una niña cuando oyó contar que dos árboles se querían. Se querían, hijitos, uno desde aquí, otro desde allá.... Uno de los árboles era de los cristianos; el otro de los moros. Así no podían juntarse, ni acariciarse con sus ramas.

Pero el aire de Dios era libre entonces como ahora y como siempre, y por el aire se enviaban olores y se hacían caricias. «Por encima de todo eso que han puesto los hombres, nosotros nos queremos y seremos amigos». Y crecían y se hacían muy altos para verse desde lejos.

—¡Oh Dios!—dijo Guiomar.—Así quería yo amar y que me amasen: como esos árboles.

Y como lo dijo con fe, la oyó el Señor, que oye todas las cosas puras que hay en el mundo.

Un día, años después, vino un caballero á la fortaleza. Era valiente, y venía de ver la sepultura del Señor Santiago. Guiomar le descinó una banda blanca que traía, y cuando fueron á comer no pudo probar bocado.

—¿Qué tiene vuestra hija, noble castellano?

—No sé qué tiene. Alguna hechicera que la hizo mal.

—Dadme la doncella; será mi esposa y seré su dueño.

—Nunca, buen caballero. Mi hija no tendrá más dueños que Dios y su padre.

—Aunque os pese, ha de ser mía.

—No lo quiera Dios, como yo no lo quiero.

—¡Soy suya, soy suya!—decía Guiomar viendo cómo el caballero se alejaba. Y de noche, de día, dormida y despierta, decía que era suya.

El caballero traspasó el término señorial, y en tierra libre hizo un castillo. ¡Qué fuerte, qué arisco, qué agrio! Como su alma.

—¿Cómo se llamará este castillo?—dijo su mejor hombre de guerra.

—Aunque os pese.

Y así se llamó para siempre jamás.

Desde allí atalayaba el caballero. Lejos estaba la fortaleza, pero ojos amantes ven desde lejos.

Entonces la gente del pueblo, que recibe de Dios lumbre y alteza, compuso una galana trova:

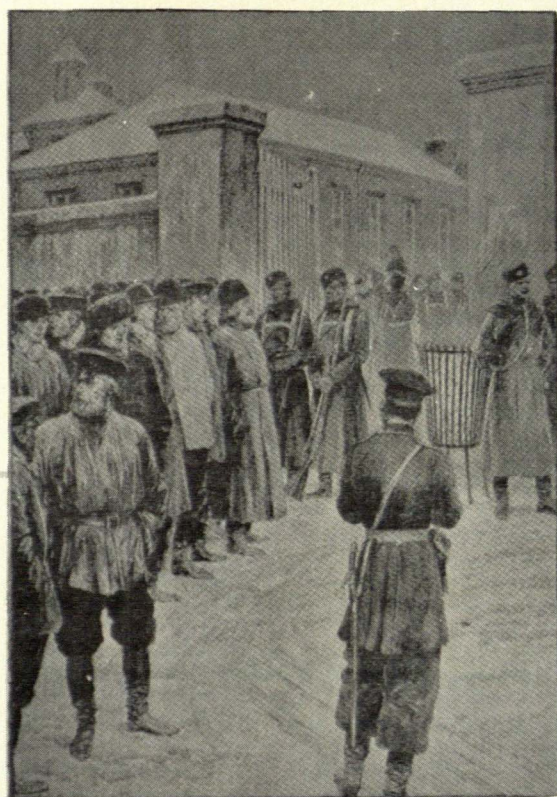
Guiomar está triste; ¡Cuánto se quieren!
su amor está lejos; Y son los suspiros
entrambos se mueren, las únicas prendas
entrambos son presos. que van y que vienen.
¡Cómo se miran!

Una noche, los árboles hablaron á Guiomar: «Para quererse como nosotros, hay que tener nuestro corazón, duro y opaco... ¡Oh niña infeliz, morirás muy pronto!»

Murió muy pronto: no tenía un corazón grande ni duro ni opaco... y el suyo le estalló, henchido de lágrimas.



Distribución de alimentos á las tropas, en las calles de San Petersburgo



Uno de los principales centros de huelguistas en San Petersburgo

LA HUELGA EN RUSIA:

Cortaron un árbol de aquéllos que se querían, para hacerle el ataúd. Con él la enterraron.

..

Murió el caballero, y su gente fué á cortar el otro árbol para hacerle el ataúd. Todos los amadores se enterraron. La tierra es como el aire de Dios: libre y piadosa; en ella caben todos los dolores.

¿Creéis que no se aman? Yo sé que se aman. Son cosas que Dios aparee en su saber infinito, y estas cosas siguen amándose siempre, como los árboles, como los mundos.

.....

¿No os ha parecido triste la historia? Pues es más triste que la historia de la hoja de roble roída por la cabra montés y la de aquella florecilla de los prados que dijo al mancebo: «Písame con cuidado, no vayas á resbalar». Es una historia de corazones humanos llenos de doloridos deseos y de amargas lágrimas. ¡Ya la sabréis, hijitos, ya la sabréis.....!

BESO NEGADO Y MANO CONCEDIDA

(ANÉCDOTA HISTÓRICA)

El año de gracia de 1852 era, según cuentan las crónicas del segundo Imperio Francés, el salón más notable de París, el de la princesa Matilde, prima del recién coronado Napoleón III.

Hija del rey Jerónimo y de la princesa Catalina de Wattemberg, y casada con el príncipe de San Donato, Anatolio Demidow, era la ilustre dama princesa tres veces; pero más que por su nacimiento y por su enlace, lo era por la soberana distinción de su belleza, por la elegancia majestuosa de su porte y por lo delicado de su bien cultivada inteligencia.

Aún después, cuando tenía setenta y seis años, se pudo ver en su semblante y en su figura los restos de una gran hermosura respetados por el tiempo: y no hay que hacer un gran esfuerzo para considerar lo que sería en aquella época en que no tenía más que treinta y dos años y hacía doce que se había casado.

«Una belleza soberana y la belleza de las soberanas», ha dicho Arsene Houssaye; la fuerza y la dulzura, el estilo y el encanto, un busto napoleónico, una nariz italiana y una boca encantadora, en la que denominaba la expresión de la suprema inteligencia, que era su cualidad distintiva.

El cincel de Carpeaux fijó en el mármol esta suprema hermosura, haciendo una de las más bellas obras del arte moderno.

Artista por su corazón como era princesa por su nacimiento, gustaba del trato de los hombres que más se distinguían en el cultivo de las letras y de las artes, y la continua presencia de los hombres de talento en su salón contribuía á darle un encanto especial.

Allí iban Sainte Beuve y Merimée, Hailey, Alejandro Dumas, Teophile Gautier, todos, en fin, los que se distinguían, y á todos se les recibía con gran cariño.

Las noches del 31 de diciembre tenían las reuniones de la princesa Matilde un carácter especial; unos días antes de que llegase el último del año, recorría la ilustre dama las tiendas más notables de París, comprando muebles raros, bronce y porcelanas de mérito, tapices de Oriente, multitud de objetos de arte, en fin, y con ellos formaba una exposición en sus salones la noche en que el Papa San Silvestre cierra la puerta del año viejo, para dar libre paso al que llega sonriente de esperanzas é ilusiones.

Los amigos de la princesa sabían que no podían dejar de asistir aquella noche á su tertulia y todos estaban congregados momentos antes de dar las doce, y en cuanto sonaban majestuosamente las campanadas del reloj, todos se inclinaban ante la dueña de la casa, la deseaban un feliz año nuevo, los caballeros besaban en la frente á las señoras que tenían á su lado y después la princesa, señalando los objetos que había adquirido decía á sus amigos:

—Elegid lo que querráis como recuerdo: todo es vuestro.

El año de 1852 ocurrió en esta tertulia del 31 de diciembre una escena que llamó mucho la atención de los concurrentes y que fué el prólogo de un gran acontecimiento. Asistió á la reunión de su prima el emperador Napoleón III, y entre las damas que había en el salón, figuraban dos españolas, madre é hija, de una gran distinción la una, de una soberana belleza la otra: eran la condesa del Montijo y la condesa de Teba, que tenía entonces veintiseis años. El emperador, que siendo príncipe desterrado había co-

nocido en Londres á la dama española y que profesaba á la condesa de Teba sincero afecto, se pasó la noche conversando con ella; y cuando sonaron las doce campanadas se levantó, y deseando con anhelo, pero más que nunca aquella noche, se siguiese la tradicional costumbre del beso, se dirigió á su prima, imprimió sus labios en la alabastrina frente, hizo lo mismo en las de seis señoras más que había en el salón, y guardó su último beso, el que había de ser sin duda el más dulce, para su gentil interlocutora, la condesa de Teba.

Pero ésta se puso en pie con un movimiento lleno de gracia y majestad cuando llegó á ella el emperador, y con tono respetuoso le dijo:

—Señor, en mi país las jóvenes solteras no reciben besos más que de su padre ó de sus hermanos. Hé aquí lo único que puedo otorgar á V. M.

Y le tendió su linda mano, que el emperador llevó respetuosa y silenciosamente á sus labios.

A los pocos días Napoleón III manifestaba á su Consejo de Ministros, que le escuchó asombrado, que había decidido compartir tálamo y trono con la condesa de Teba, sobre cuya hermosa cabeza sentaría admirablemente la corona de emperatriz.

Y aquel año, tan solemnemente inaugurado en los salones de la princesa Matilde, se unieron con los lazos que sólo ha podido romper la muerte, el sobrino de Napoleón I y la hermosa española que nació entre los cármenes perfumados de Granada.

¡Que cuando este año se despida y éntre alegre y sonriente el nuevo, traiga coronas para las bellas lectoras!

Pero que las coronas sean de flores, mensajeras de la dicha, porque las doradas diademas suelen ser muy pesadas en estos tiempos, y si traen esplendores y grandezas, no dan lo único que se puede ambicionar en la vida: la felicidad!



CANTARES ILUSTRADOS:

Hágame usted unos zapatos
Con el tacón que levante,
Que soy chiquita y no alcanzo
A los brazos de mi amante.

Á LOS ESCRITORES DE VENEZUELA

UNA OBRA PATRIOTICA

Parécenos que será de grande interés á nuestros prosadores y poetas, llevar á su conocimiento las siguientes informaciones:

Nuestro colaborador Gil Fortoul se propone seguir escribiendo sobre el movimiento intelectual venezolano, con el mismo criterio de su estudio literario que resultó premiado en el último certamen de EL COJO ILUSTRADO. A principios de cada año nos enviará una crónica general de las obras publicadas en los doce meses anteriores, lo que formará una especie de historia contemporánea.

Como introducción, ó discurso preliminar, hará á mediados del presente año una exposición de las ideas y opiniones corrientes. Y para mostrarse enteramente imparcial, agradecerá á los escritores patrios, cualquiera que sea la escuela á que cada uno pertenezca, le trasmitan cuanto antes las siguientes informaciones:

- 1) Lista completa de sus obras (título, editor, año).
- 2) Obras en preparación, y sumario.
- 3) ¿Qué autores de hoy representan mejor las letras nacionales?
- 4) ¿Cuál de las actuales tendencias tiene más probabilidades de predominar?
- 5) ¿Brilla más hoy en Venezuela la poesía ó la prosa?
- 6) ¿Por qué se cita poco á los escritores clásicos: Bello, como poeta, Baralt, como prosista, Toro, González, Acosta, etc.?
- 7) ¿Conviene que Venezuela se destique ó independice por completo del movimiento contemporáneo de España?
- 8) ¿Sería preferible establecer una Academia venezolana autónoma, en lugar de la correspondiente de la Española?
- 9) ¿Qué medios prácticos habría para que los autores hispano-americanos se conociesen más entre sí?
- 10) ¿Vamos en camino de formar una literatura propia, ó bien las letras de la América hispana formarán un todo, sin diferenciación esencial de Repúblicas?
- 11) ¿Hay probabilidades de que la in-

fluencia anglo-americana, alemana, rusa, italiana, se sustituya á la predominante influencia francesa?

12) En general, ¿la literatura venezolana es hoy pesimista ú optimista, y por qué?

13) ¿Cómo se explica el escaso número de escritores festivos?

14) ¿Qué influencia tendría en el desarrollo intelectual una grande inmigración europea?

Cualquier comunicación, aunque no comprenda la totalidad de las cuestiones apuntadas, será debidamente atendida y citada. Se insertarán íntegras las que no parezcan demasiado profusas. De las otras se hará un resumen exacto. Toda la correspondencia ha de dirigirse así: J. Gil Fortoul, "15 Avenue Victor Hugo, París," y no más tarde que el próximo mes de junio; á no ser que se prefiera que estas cuestiones vean antes la luz en EL COJO ILUSTRADO á cuyo efecto quedan para esto á la disposición de los escritores nacionales las columnas del periódico sin más reservas que las habituales en esta Revista.

SUELTOS EDITORIALES

UN NUEVO LIBRO DE

AMADO NERVO

Se titula *Los Jardines interiores*. En ellos discurre el alma de Nervo, religiosamente melancólica, dolorosa, acongojada. El poeta ha tomado un manojo de sus rimas, las ha atado con una pálida cinta de desencanto, de tristeza, y la ofrece á los suplicados por todos los caminos hostiles de la Vida.

Muchos de esos versos hemos separado para estas columnas, los que se sienten menos humedecidos en el ajeno desconsolador, los que están menos borrosos bajo la penumbra crepuscular que visita las tumbas de amor y ensueño, sobre cuyas piedras fueron escritos trémulamente, como un viejo cincel destemplado y roto.

Nada en ellos de la dura gallardía arrogante de Juvencia; nada rojo de vigor explotante; nada soberbio de floración tumultuaria. Todo tenue, desvaído: un rumor otoñal, arrullador; funerales de hojas muertas; lejanos resposos de inviernos; un viento lento y profundo, que barre rítmicamente y largamente los mustios pétalos caídos de las frondas del poeta, ahora pendientes á la lividez visperal, como una lánguida rama de saúz.... "la pompa solemne y triste del viejo Octubre...."

UNA TRADUCCION DE

J M DE HEREDIA

La que hallarán nuestros lectores en este mismo número, está firmada *Antonio José Caro*.

Este autor es un niño de 15 años de edad, que entre otras sorprendentes aptitudes, posee una notable facilidad para el verso. Es bogotano, hijo del eminente literato y estadista de Colombia, don Miguel Antonio Caro.

El joven Caro obtuvo en los Juegos Florales de Bogotá el 2º *accesit*, con una composición de alto vuelo; y recientemente, en el colegio en donde cursa, se le ha graduado de bachiller en letras, por aclamación.

"LA INDUSTRIA"

El día 5 del mes corriente cumplió su primer año de fundación esta Revista mensual, establecida y dirigida por el señor doctor V. Betancourt Arámburu, con el objeto de hacer propaganda á las ciencias, las artes, el comercio y las industrias de Venezuela.

Con este motivo hubo fiesta en los salones del periódico, á la que fuimos galantemente invitados y á la que concurrieron á presentar sus parabienes al Director, muchas y notables personas, pertenecientes á la prensa, á las letras, á las artes y al comercio.

El mismo día circuló un número extraordinario de la Revista, nutrido de más de un centenar de composiciones de los principales escritores y poetas venezolanos.

Unimos nuestras congratulaciones á las que ha recibido el doctor Betancourt Arámburu.

TRAZOS DE SOMBRA

Es el título de un nuevo libro que hemos recibido de Santurce (Puerto Rico).

Es su autor el señor J. Pérez Lozada, quien nos lo remite con una lisonjera dedicatoria que le sabemos agradecer sinceramente.

Contiene el volumen una serie de artículos cuyos asuntos ha tomado el autor de hechos diarios, que transforma su filosofía en postulados y problemas dignos de atención y de fino estudio.

DUELO

Ha fallecido en esta capital la respetable señora ISABEL GARCÍA DE RODRÍGUEZ.

Fué una digna y venerable matrona, llena de días enaltecidos por un constante culto á las virtudes y por una fiel observancia de sus deberes, como esposa y como madre.

A sus deudos presentamos la expresión de nuestra condolencia, en especial al señor General J. M. García Gómez, hermano de la finada.

ENSAYOS

En nuestros talleres ha editado, el joven Pablo J. Guerrero, un pequeño libro de versos, en el formato de nuestras ya conocidas ediciones económicas, de relativo lujo, ya bien reputadas por las numerosas que hemos hecho á satisfacción de los autores.

El nuevo poeta es casi un niño, que escribe y publica sus primeros versos, bajo las adorables impresiones de quien comienza la conquista del ideal y alcanza la visión de las victorias, ricamente provisto de fervor y por largo tiempo inagotable en confianza de sí mismo.

Es un esfuerzo que reclama justiciero aplauso y noble estímulo; y uno y otro los tiene sinceramente de nuestra parte el joven autor, á quien damos nuestras gracias por la deferente atención que nos demuestra en la dedicatoria de sus *Ensayos*.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

El Consejo de Médicos de Venezuela en 1904.

Recopilación de leyes y decretos de Venezuela.—Tomo XXVI, año 1903.

Damos las gracias á los señores remitentes.

NUESTROS GRABADOS

Máximo Gorki



Después de estar en los anales de la literatura universal, y en el alma de todos los que padecen, su nombre será inscrito en esta inmensa crónica que la Rusia ha encargado á la humanidad escriba, desde la estepa moscovita hasta las llanuras de Manchuria.

Glorioso nombre, puesto al frente de obras que admirará la más lejana posteridad. El ha descrito la vida del campesino ruso y la del obrero en páginas que se han traducido á todos los idiomas de Europa; explicando la inquietud perenne en que viven todos los desdichados que carecen del pan que alimenta el cuerpo y del alimento que nutre el espíritu; pintó de mano maestra las costumbres corrompidas de la policía; las calamidades sin cuento que padecen en Rusia los labriegos; los abusos conti-

nuos que realizan los empleados de todas las categorías; el hambre que se padece en la aldea y en las casuchas infectas de las ciudades. Describió de modo tan magistral todo eso, porque en su adolescencia y en su juventud perteneció al ejército innumerable de los hambrientos; porque sintió, como sus hermanos en miseria, la sorda irritación, el odio inextinguible contra los atropellos que por toda Rusia, desde el Pacífico al Báltico, cometen los empleados, los militares, los popes, todos los que perciben un sueldo del Tesoro, cuyas arcas llena el pueblo ruso, para castigar, para oprimir, para embrutecer á ese pueblo.

El talento de Alejo Peskoff,—que así se llama *Máximo Gorki*,—su energía, vencieron la adversidad, y conoció días mejores que cuando iba vagabundo, harapiento, «de un mar á otro mar», en Crimea, en el Cáucaso, en la Transcaucasia. Pero no olvidó la amargura de los malos días, y al advertir que sus conciudadanos, que sus antiguos compañeros, que los oprimidos seculares rompían las cadenas y se aprestaban á luchar, un impulso generoso lo llevó á formar en sus filas; y con el pueblo marchó hacia el Palacio de Invierno, y afrontó las balas, que respetaron su vida casi heroica, y levantó su voz poderosa y siempre escuchada, para abominar, ante una muchedumbre airada, de la crueldad de las autoridades, y de la brutalidad sin ejemplo de la represión.

Era el más conocido, el más notable, el más glorioso de los tribunos populares, y Trepoff, el gobernador de Petersburgo, mandó encarcelarle, como jefe de rebeldes, y ahora ha hecho que se deporté á Siberia al cantor intrépido del pueblo acogotado.

El pope Gapony

Todos los periódicos de Europa traen su nombre; las multitudes, en Rusia, en Suiza, le aclaman; los ministros del Czar le temen; su palabra enardeciente lleva á miles de hombres hacia la muerte, sin vacilar; se dirige, por cartas, al Czar y al Ministro del Interior; y durante unas horas fue poco menos que el árbitro en San Petersburgo.

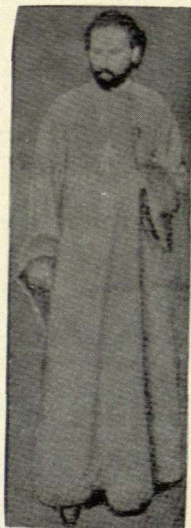
¿Quién es él, de dónde viene y qué quiere?

Es un pope ortodoxo: nació en una aldea de la Pequeña Rusia; estudió en Moscou; y pretende que los obreros mejoren de condición.

Cuenta, para llevar á cabo la obra que ha emprendido, con su valor y entereza personales; con su amor, nunca desmentido al pueblo; con su actividad, con su energía y con su elocuencia.

En menos de cuatro años ha alcanzado notoriedad inmensa en Rusia. Los obreros ven en él un jefe desinteresado y valeroso, incapaz de abandonarlos en los momentos de peligro; escuchan sus consejos; le consultan en todas las circunstancias difíciles, y tienen confianza en él, porque trabaja de día y de noche, además de que desempeñaba á conciencia su cargo de capellán de las cárceles de San Petersburgo.

Tiene ahora 32 años de edad; es hijo de labradores acomodados; y cuando estuvo en el seminario de Moscou, le distinguían todos sus profesores, entre los demás alumnos, por su decidida afición al estudio. Las horas que le quedaban después de cumplir con sus deberes de seminarista, las empleaba en estudiar á fondo el derecho natural y la economía política.



Cuando salió del seminario, el gobierno ruso trataba de atenuar el descontento de los obreros, y les prometía reformas, y los dejaba reunir en asociaciones legales, donde se les permitía perorar bajo la vigilancia de un comisario de policía. Gapony advirtió inmediatamente todo el partido que podía sacarse de semejantes asociaciones, y asoció millares de obreros de los talleres metalúrgicos.

Cuando el gobierno se dió cuenta del riesgo que entrañaba tal estado de cosas, era demasiado tarde, porque había estallado la guerra y los asociados de Gapony eran los monopolizadores de los efectos y municiones militares.

Entre los obreros es conocido Gapony por *patiuska kokol*, padrecito, pequeño ruso. Debe su influencia casi ilimitada sobre los trabajadores al hecho de que, á pesar de ser ortodoxo convencido y ferviente, nunca censura las opiniones de sus partidarios políticos, muchos de los cuales son católicos ó protestantes.

Jamás ha pedido un céntimo por sus servicios; trabaja sin descanso y gasta en limosnas cuanto gana.

Mucho más todavía que todo esto es el hombre enérgico á quien hirieron el 22 de enero las balas de los soldados y que ahora, refugiado en Suiza, continúa su propaganda libertaria.

Extasis

Van Walic ha traducido en actitud y en semblante todo el profundo y hasta ahora irresoluble misterio que se contiene en la visión interior de los poderosos soñadores.

La ciencia ha llegado hasta explicar cómo un agente que obra constante y enérgicamente sobre los grandes centros nerviosos, puede determinar un estado psíquico especial, cuyos caracteres lo avencinan á los dominios de la fisiología.

Si agentes físicos como el alcohol, el exceso de ejercicio, la deficiencia de alimentación, etc., pueden producir estas perturbaciones del espíritu, explicables en la esfera científica, también son de naturaleza á provocarlas casi todos los elementos de acción moral, sobre todo, y para decirlo como los escolásticos, las funciones del entendimiento, aplicadas con energía y sostenida fijeza á la atención, al examen y al conocimiento de un objeto.

La historia está llena de comprobaciones; y la filosofía, las artes, las ciencias, las religiones, tienen, en las legiones de sus apóstoles y de sus mártires, de estos grandes y magníficos abstraídos, soñadores superiores, que ahora pertenecen á la gloria ó á la veneración.

Matemáticos, músicos, escritores, pintores, extáticos sublimes, han legado á la admiración humana obras inmortales, concebidas y realizadas bajo el imperio de esa sobreexcitación, que en sus crisis tiene del ensueño, de la muerte y de la locura.

La Conquista de Siberia

La actual Rusia asiática ha sido siempre, desde los días más remotos de la historia, una tierra codiciada.

Durante dos siglos, del II al IV, hordas turcas, los tunguses, procedentes de Mongolia, comenzaron á penetrar allí, pillando los hogares del siberiano primitivo. ¡Lentamente se efectuaron la invasión y la conquista, hasta que á principios del siglo cuarto el ya poderoso Tunkuí estableció y organizó un reinado, que durante novecientos años fue respetado y temido.

A fines del siglo XIII, los mongoles comienzan á reivindicar sus derechos, guiados por el terrible Gengis-kan. Batú, su sobrino, concluye y perfecciona la reconquista sin que, empero, llegue á gozar de paz por apreciable lapso histórico de tiempo.

Los vecinos rusos comienzan á hacer incursiones por el lado occidental y en sus merodeos ganan enormes provisiones de pieles, primer motivo para alimentar su ansia conquistadora.

A mediados del siglo XVI, el Czar Juan el terrible organiza y ordena la primera expedición, afortunada y provechosa; tanto, que sus sucesores no se preocupan de otras empresas militares, hasta los días de Pedro el Grande, que hace de las guerras siberianas un deber político.

Desde entonces comienzan á comprender los Czares toda la importancia de la incorporación del imperio septentrional asiático al moscovita, y la magnitud de poderío y de influencia que le daría á Rusia su avance hasta las orillas del mar Pacífico.

Por fin, después de Crimea, los emperadores ven realizado su ideal, extendidas las fronteras orientales hasta Vladivostock y sancionados todos los derechos de aquel pillaje secular en Siberia, que sufre mil ochocientos años de aventuras salvajes, de acciones infamantes y de escenas sangrientas.



Lucio Delgado

El día del beneficio de este artista venezolano, sus admiradores y cuantos aprecian sus dotes, sus conocimientos y sus cualidades como caballero, fueron á darle testimonio de sus sentimientos, tributándole una vez más los aplausos y parabienes á que se ha hecho tan acreedor.

El señor Delgado es un fuerte y tenaz trabajador, á conciencia de su deber. Ha viajado y trabajado en casi todos los teatros de España, conquistando lauros que, si son su gloria bien adquirida, honran también, entre los de otros venezolanos, el nombre patrio. Por esta virtud, de recomendar con su acción excelente á su país, es no menos digno de aprecio y loor el señor Delgado.

Actualmente, es el Barítono de la Compañía que trabaja en el Municipal y su Director de escena.

Está en ensayos, y montándose á la mayor cabalidad, su obra *Guaicaipuro*, la cual, según informes, promete nuevos lauros al artista y autor.

El Niágara en invierno

BANCOS DE NIEVE.—ESTALACTITAS

La industria y los intereses comerciales de los Estados Unidos han venido arrebatando y destruyendo las bellezas que la naturaleza prodigó en la soberbia catarata. Jardines, praderas, chalets, ferrocarriles, todo ornato de civilización ha sido sobrepuesto á lo que dibujaron y fabricaron maravillosamente las aguas y las rompientes del Erie.

Ya no es la suma belleza espontánea y pasmosa descrita por Chateaubriand.

Sin embargo, el inmenso torrente todavía truena, no como primitivamente, entre selvas, sino á la luz deslumbrante; todavía cae en explosión de nubes; todavía se arroja en iris; y tiende sus lechos de nieves; y se filtra por la estructura de los peñascos, limando la roca y masticando la tierra, para formar fantásticas galerías y columnarios como de una arquitectura leyendaria, en la cual hubiesen sido obreros los mitos de las primeras teogonías.

Meditación

CUADRO DE HENRY RYLAND

El mundo que se ve, pudiera decirse interiormente, en los momentos de las hondas concentraciones del espíritu, avasalla é impeña de modo tan tiránico, que parece como si tomase, con férrea mano, la humana fisonomía, para doblarla y manejarla á medida de los pensamientos, de las ideas y de las emociones que produce su contemplación.

Los que meditan formalmente, obedeciendo un mandato del director espiritual, los que meditan en el silencio, en el retiro y en la penumbra de los santuarios, delante la efigie doliente del Crucificado, en los ojos la ataraxia, en el espíritu la agonía y en el pecho ferviente la esperanza y la fe, tienen en sus rostros lampos de la lividez de un crepúsculo invernal, algo de la inmutabilidad silenciosa de las desolaciones irremediables; en las frentes, á veces, como un vuelo fugaz de sombra, en los labios una contracción de congoja; en todo el cuerpo, la flacidez, la eteridad de lo incognoscible, de lo temido, de lo que lleva á las renunciaciones suicidas.

Ryland ha puesto en las líneas de ese cuadro la enfermiza tristeza de las meditaciones que alejan de la vida y de lo que en ella puede ser egregio: es una despedida por adelantado, del mundo, de la lucha, de la gloriosa derrota en que resuelve toda jactancia humana.

Sitio de Alesia

Desde el siglo XVI, historiadores y arqueólogos, discuten en Europa el punto en donde debió existir la ciudad de Galia que llevaba el nombre de Alesia, y que fué totalmente destruida por Julio César. Afirman algunos que estuvo en los alrededores de Arras, ó en *Alais*, en el departamento del Gard. Dicen otros que había ocupado la colina en que se encuentra hoy la aldea de *Alise-Sainte-Reine*, en la Borgoña. Mr. Delacroix sostuvo que correspondía á la aldea de *Alaise*, en el Franco Condado. Y los demás quieren que sea la antiquísima ciudad de Iznore, que estaba en la meseta de ese nombre.

Lo cierto es que comprometida la batalla entre las legiones de César y los soldados galos de Vercingétorix, éste la perdió, el año 52 antes de Cristo. El galo se retiró con su ejército á *Alesia*, la capital de los mandubios, y allí fue cercado por el romano, quien construyó en torno de ella un campo fortificado con veinte y tres torres.

Los sitiados sentían ya las agonías del hambre, cuando llegó en su auxilio numerosa muchedumbre, reclutada en todos los puntos de la Galia. Durante dos días combatieron galos y romanos con extraordinario furor, hasta que una terrible carga de la caballería romana decidió la batalla á favor de César.

Al día siguiente se rindió Vercingétorix y la ciudad cayó en poder de los romanos, quienes la redujeron á escombros.

Avance en Manchuria

UN ATAQUE NOCTURNO Á UNA POSICIÓN RUSA

En ese avance incontenible que los ejércitos japoneses, al mando superior del Mariscal Oyama, efectúan hacia el norte de la Manchuria, la crónica, la historia y la leyenda, estarán explotando por mucho tiempo los incidentes

maravillosos, los episodios admirables, las acciones magníficas, con las cuales tal vez se está realizando una conversión mundial hacia una nueva faz de civilización y hacia un nuevo estado de derecho.

Para cada uno de esos hechos de detalle,—que dejan absortos á cuantos tienen algún interés moral en seguir las peripecias de ese duelo asiático-europeo,—se ha necesitado el testimonio unánime de todos los testigos presenciales, á fin de que sea posible el asenso universal á tanta pasmosa realidad de bravura, de heroísmo, de fortaleza y de genio.

Los soldados rusos que sobrevivan á esa inmensa carnicería, quedarán siendo hombres á prueba de espanto, disciplinados por todos los asombros y por el estupor de esa campaña. Ni siquiera la noche es amparo á su situación y á sus angustias: los soldados del Mikado no dan treguas, y burlan todos los dictados de la táctica europea y las esperanzas de los viejos generales de Occidente. Antes y después de Liao-Yang no han sido extraños esos inesperados y desastrosos asaltos nocturnos á las posiciones rusas y á sus cuerpos de vigilancia. Un corresponsal europeo, que sigue al ejército del general Kouropatkine, dice de uno de esos asaltos: «La noche era sombría y sin estrellas; acababa de terminar el cañoneo de la tarde; apenas una que otra batería rayaba las sombras lejanas con sus largos hazos de fuego; en todos los vértices, los shrapniels se despedazaban alegremente. Eran las nueve de la noche: dos regimientos de infantería, con su coronel á la cabeza, desembarcaron en la sombra, atravesaron el camino y silenciosamente se desvanecieron en la llanura, inmensa llanura: iban de avanzada, á un pués-to. Eran todos hombres de alta talla, vestidos con la gran capota gris; parecían melancólicos y pasaban como fantasmas. No pude distinguir á qué cuerpo pertenecían; pero como su equipo estaba en un orden irreprochable, comprendí que aquellas tropas habían permanecido hasta entonces lejos del fuego. Las reservas iban, pues, á entrar en línea! Me detuve un instante, á meditar».

«Sabía que se esperaba un ataque nocturno: sin embargo, la salida de aquellos infantes en la oscuridad lúgubre, me impresionó más que todo. Iba á continuar la carnicería! ¿Ni la noche nos permitía una hora de calma? Por primera vez se precisó en mí este sentimiento: que estaba asistiendo, realmente, á un gran acontecimiento, á un gran cataclismo, á una gran crisis de la humanidad, á una batalla de la que se hablaría en los siglos futuros! La noche, por otra parte, la noche, que inquieta á las almas débiles, á las almas agotadas, con alucinaciones y con estremecimientos, la noche me parecía llena de amenazas! Sabíamos que nos amenazaba un gran peligro: Kuroki marchaba sobre nosotros...! Los infantes desaparecieron, se hundieron en la llanura sombría, en los abismos de la noche: iban á entrar, con el arma al brazo, en la eternidad! De súbito, un palafrenero llega á escape, á avisar que ahí estaban ellos, los japoneses! Era imposible. Sería exceso de precaución de los rusos. Una gran inquietud se cernió sobre el pués-to; pero ya el cañón rugía: realmente, el enemigo estaba encima. Los hospitales fueron evacuados inmediatamente: los cañones habían comenzado á mugir sin interrupción; la posición rusa gemía, exhalaba lamentos sollozantes, daba roncós gritos: una columna japonesa, seguida de cuatro batallones, daba el asalto. Como de costumbre, las armas de Nippon guardaban silencio y avanzaban, avanzaban cayendo, silenciosas, avanzaban con la bayoneta amenazante. El tumulto se exasperaba: era un espectáculo nuevo para hombres recién desembarcados de Europa. Un gran crujido de todas las baterías destruyó la noche y el tumulto, dejando desierto el frente de la posición rusa. El asalto había sido rechazado!»



Miguel Casas

El sábado 11 de este mes se efectuó la función de beneficio de este tenor cómico, que ha sabido ganar la estimación y los aplausos de los concurrentes al Municipal.

Apenas algún ligero esbozo de su trabajo y una nómina de las obras en las cuales ha tomado parte, bastarían para que se tuviese una idea de sus aptitudes y de su mérito. Igualmente artista resulta en las obras que requieren perfecta capacidad de interpretación, que en las ligeras; y en unas y otras sus éxitos se han contado por el número de las representaciones que han tenido.

Ha obtenido lo más difícil en un público que sabe lo que debe exigir: las simpatías de ese público.

Traslado de muertos y heridos japoneses

El espectáculo que ofrece esta vista es frecuentísimo en la actual guerra ruso-japonesa.

Nuestros lectores están bien informados, por las descripciones de los corresponsales europeos, respecto á la organización y servicios de las ambulancias y cuerpos de sanidad de ambos ejércitos, primero en Puerto Arturo y ahora en Moukden y en el centro manchuriano.

Inmediatamente después de uno de esos espantosos asaltos, en que el cañón contiene y abate la bayoneta, hace silencio la batería exterminadora, y á los regimientos rusos ó á los batallones japoneses, reemplazan las legiones humanitarias y silenciosas de las ambulancias, vestidas de blanco, llevando de brazalete la insignia neutral de la Cruz Roja; legiones formadas por cirujanos, hermanas de la Caridad, servidumbre, furgones cargados de ropas, hilas, específicos, drogas, instrumentos, entremezclados de equipajes de camillas y provisiones de hospital.

Auténticamente nuestra vista representa las ambulancias del Japón, retirando moribundos y heridos del pie de los muros y del pie de las colinas fortificadas de Puerto Arturo; operación que se practicó incesantemente durante ocho meses de sitio.

Edgard Allan Poe y su esposa

Poe murió en noviembre de 1849. Al día siguiente de su muerte, un autor americano, que en otro tiempo había sido su colaborador, C. F. Briggs, escribió lo siguiente, en una revista de New York:

«El Rev. Rufus W. Griswold debe hacer aparecer pronto una biografía de Poe, con una edición completa de sus obras. Pero se pasará mucho tiempo todavía, antes de que pueda ser expuesto el verdadero carácter del triste poeta, en toda su desnudez, á los ojos del pú-

blico. Un escrúpulo generoso obliga, á cuantos lo conocieron íntimamente, á sepultar en las sombras del olvido sus debilidades, ó mejor, los rasgos distintivos de su personalidad, y á insistir únicamente en su producción literaria. Poe fue, sin embargo, un verdadero fenómeno psicológico; y un análisis claro é imparcial de su carácter, conduciría, creo, á mayor número de buenos que de malos efectos. Pero, ¿cuándo se hallará un hombre bastante audaz, para que ose emprender tan graves revelaciones, á riesgo de los más violentos reproches y de las sospechas más injuriosas?»

Cuanto á su esposa, Virginia, fue una joven y bella mujer, que vivió poco y entristecida, no tanto por el genio de su compañero, como por los sufrimientos que le proporcionaba. Mrs. Clemm, la madre de Virginia, era una santa y admirable mujer, quien, después de la muerte de su hija, se constituyó en confidente, nodriza y camarera de su yerno. Este la respetaba y la quería profundamente.

Carnaval de 1905

FIESTA DE NIÑOS EN EL CLUB "VENEZUELA"

Uno de los números más simpáticos en las fiestas del último Carnaval, fue la que se dió á los niños en el local del Club Venezuela y de la cual hemos hecho tomar dos vistas para estas columnas.

Amar la infancia, traduciendo ese afecto en impresiones agradables, en sus ánimos para siempre imborrables, es ofrecer un testimonio consolador de que se comprende el porvenir y se desea proporcionarle materia y obreros dignos de una excelencia social. Crear la sonrisa, saturar el ambiente de belleza y gracia, desarrollar un pueblo bajo las disciplinas cultas, nutrir de visiones hermosas el ánimo del mañana, es, sin duda, obra magnánima y meritísima, digna de ser notada y conservada.

Las huelgas en Rusia

Los dos grabados que reproducimos ofrecen dos escenas, tomadas fotográficamente en las calles de San Petesburgo, durante las últimas huelgas.

Uno representa la distribución de rancho á las tropas, en plena calle, teniendo de frente el motín.

Otra es la llegada de una guarnición policial al centro huelguista de la capital, con el fin de contener á los obreros manifestantes, en su avance hacia el Palacio de Invierno.

A pesar de las disposiciones intransigentes del general Trepoff, jefe de la policía, los cables advierten que la tropa de infantería no carga sino con repugnancia sobre la multitud.



Invento del canto religioso del "Te-Deum"

Según tradición, este cántico es atribuido á San Ambrosio, obispo de Milán. Dicese que el *Te-Deum laudamus* fué cantado por primera vez, y como por espontánea inspiración, por dicho santo obispo y San Agustín, luego de haber éste recibido el bautismo.

La tradición, que hace á San Ambrosio autor del *Te-Deum*, pudo fundarse en una crónica que se suponía escrita por Dacio, obispo de Milán de mediados del siglo VI; pero Mabillon probó que dicha crónica es del siglo XI. El primer monumento en que se halla citado el expresado himno es la Regla de San Benito, que corresponde á mediados del siglo VI. Opinan algunos que su autor fué un monje llamado Sisibuto, que probablemente vivió en el Monte Casino, como Quesnel se ha esforzado en probar.

A pesar de todo, dicho cántico se llama «himno ambrosiano», y la mayor parte de los autores á San Ambrosio siguen todavía atribuyéndole.

La nueva opinión acerca de los grandes genios

Acaba de aparecer, acerca de los grandes genios de la humanidad, una nueva teoría, según la cual las asombrosas dotes intelectuales que los han hecho famosos, se deben á una experiencia previa en otros mundos distintos del nuestro.

La verdad es que el ingenio extraordinario ha sido siempre un verdadero problema. Hágase una lista de todos los grandes genios que registra la historia del progreso, y seguramente la mayor parte de ellos no figurarán entre los hombres mejor educados de su época, ni entre los que han conquistado más títulos académicos. Sus padres han sido, por lo general, gente oscura; sus hermanos, y hasta sus hijos, hombres de talento vulgar ó menos que vulgar. El talento puede heredarse, aumentarse mediante el estudio y transmitirse de generación en generación; el genio brota donde menos se le espera y muere con el que lo posee. ¿A qué se debe este fenómeno? Nadie ha podido explicarlo hasta ahora satisfactoriamente; por lo tanto, la hipótesis de que el genio es el resultado de una experiencia anterior, fuera de nuestro planeta, es tan buena como cualquier otra.

Supongamos que un muchacho europeo, de esos que demuestran gran precocidad intelectual, se encontrase en un naufragio y pudiese salvarse llegando á una isla habitada por salvajes; supongamos también que la impresión de la catástrofe le privase, como ocurre frecuentemente, de la memoria. Este muchacho no recordaría absolutamente nada de Europa ni de su vida anterior, y sin embargo, su educación á la europea habría dejado en él huellas perceptibles. Podría pensar con más rapidez y más lógica que sus nuevos compañeros, los salvajes; adaptaría los medios á los fines con una facilidad que á los ojos de aquéllos tendría algo de inspirada; poseería cierto instinto de orden y refinamiento, y todo esto haría que su personalidad se recordase siempre con admiración en la historia de la isla. Para sus habitantes, este individuo sería un genio típico.

Ahora, entre las condiciones de vida de nuestro globo y las de los demás planetas, hay relativamente diferencias análogas á las que existen entre un país civilizado y una isla de salvajes. Las condiciones de vida de Europa han hecho necesarios muchos inventos sin los cuales vive muy bien el indígena de una isla excesivamente rica en productos naturales, donde no hay más que extender la mano para encontrar medios de subsistencia. De un modo análogo, en Marte, por ejemplo, donde todos los objetos son mucho menos pesados que aquí, por la menor densidad del planeta, la ingeniería y la arquitectura deben tener mucho mayor importancia y desarrollo que entre nosotros y la gente se moverá con más facilidad y rapidez.

En Mercurio, por el contrario, los cuerpos son mucho más pesados, y los habitantes tendrán que ser muy fuertes para poderse mover, y regularán toda su civilización en conformidad con estas condiciones.

Si un marciano ó un mercuriano fuese privado de su memoria y traído á la tierra, sin darse realmente cuenta del cambio, resultaría aquí un genio artístico ó literario, que nos llenaría de admiración con lo imprevisible y original de sus obras, ó pasaría por un inventor famoso, asombrándonos con nuevas ideas que no serían, después de todo, más que vagos recuerdos de su vida anterior en un mundo situado á muchos millones de kilómetros del nuestro; sería, en suma, un Cervantes ó un Shakespeare, un Edison ó un Guttemberg.

Debido á la gran ligereza de todas las cosas sobre el planeta Marte, es probable que allí se empleen medios de locomoción sumamente rápidos; y en tal caso, ¿no podría suponerse

que Jorge Stephenson, el inventor de la locomotora, era de origen marciano? Durante miles de años el hombre se había contentado con viajar á pie, á caballo ó en carruaje; muchos hombres de talento surgieron en distintos países, y sin embargo nadie pensó en que hubiese otro procedimiento más rápido para viajar, hasta que apareció un genio que lo inventó.

Hoy día un nuevo invento, el automóvil, ha venido á hacer la competencia á la locomotora. Si admitimos la teoría que venimos explicando, nada importa creer que también el automóvil procede de Marte. Ya hay quien supone, con toda seriedad, que los famosos canales de este planeta no son tales canales, sino un sistema de carreteras para automóviles. De ser esto cierto, ¿no sería probable que debiésemos la invención y progresos del automovilismo á un grupo de genios mecánicos, cuyos talentos no fuesen sino una experiencia adquirida en los magníficos caminos de Marte, sin que ellos mismos se diesen cuenta del hecho?

Grado de fortaleza de los huesos

Los huesos se dividen en dos clases: compactos y esponjosos. Experimentos concienzudos han demostrado que los huesos compactos tienen doble resistencia que el roble, considerándolos como material de construcción. El hueso de un hueso largo es en realidad más fuerte que éste, porque según el principio de la columna hueca, le da mayor resistencia con menor gasto de sustancia.

Las delicadas capas y barras de hueso esponjoso están basadas en el principio del arco, que las permite resistir considerables presiones. Se ha podido comprobar que una pulgada cúbica de este tejido, tomada del extremo inferior del fémur, que pesaba poco más de tres gramos, resistió, sin romperse, un peso de 220 kilogramos.

Los huesos curvados que cubren el cerebro están contruidos para resistir grandes presiones y sirven para amortiguar los golpes que el cerebro puede resistir. Estos huesos están dispuestos en forma de cúpula, compuesta de huesos compactos y una de hueso esponjoso entre ellos. Las capas interiores y exteriores son tortisimas, mientras que la capa del centro hace las veces de un tope ó muelle, que



LA NIÑA CARMEN NEYRA, hija de Don José Neyra, Belascoain 13, Habana, Cuba, fué atacada de tumores, á causa del artritismo (inflamación de las articulaciones) y estuvo bastante mal. El Dr. Muñoz Bustamante, con medios externos y la legítima **Emulsión de Scott** logró colocarla como hoy se encuentra, perfectamente bien. La niña está completamente curada. Por la pureza de sus ingredientes la **Emulsión de Scott** legítima destierra estos malos de raíz.



Exíjase la verdadera Emulsión de Scott que lleva la etiqueta del hombre con el bacalao á cuevas y rechácese las imitaciones. Los consumidores deben poner especial cuidado y observar que el nombre Scott y Bowne y el triángulo con las palabras *Perfect, Permanent, Palatable* aparezca en cada frasco. Téngase cuidado también con las preparaciones que han adoptado nombres similares, esto es que á primera vista pueden confundirse con el de la legítima Emulsión de Scott.

De venta en las Farmacias y Droguerías.

SCOTT & BOWNE, Químicos, NUEVA YORK.

reparte y amortigua la fuerza de los golpes recibidos.

Después de probar todos los engañosos remedios que se anuncian es cuando más se agradece la eficacia RADICAL del digestivo Mojarrieta, cuya superioridad está universalmente confirmada en las enfermedades del estómago.

Curaciones desesperadas, en personas bien conocidas que lo tomaron durante tres meses, son las que lo han hecho glorioso; pues, un solo estuche produce mejor efecto que una docena de frascos de cualquier otro remedio, porque, además de ser el único verdadero Curativo radical del estómago y del intestino, sin engañosa acción calmante, es Digestivo y Purificador de los alimentos.

Se debe exigir que cada hostia tenga grabado el nombre Digestivo Mojarrieta.

De venta en la Farmacia de **Valentiner y C^o**, Caracas; y en las principales Droguerías de Europa y América.

EL ARTE DEL POSTIZO



Creaciones artísticas y seductoras de
todos los accesorios para el peinado

M. et M^{me}. DESFOSSE

21 Rue Lavoisier, París

Bello é instructivo catálogo que se enviará á quien lo pida

¿Es un sér viviente el imán?

OBSERVACIONES CURIOSAS

Entre la naturaleza sólida y la naturaleza viva existe una enorme laguna. El principio de la materia viva se toma hasta del protozoario, simple célula que por sí misma constituye un sér independiente, cuya vida se limita á movimientos puramente mecánicos, como lo demostró Le Dantec; pero entre esta célula viviente y la materia mineral, que se califica de inerte, media un abismo que nadie ha podido sondear. ¿Será la molécula sólida la precursora de la célula, el puente entre la materia mineral y la materia animada?

Hase calificado de inerte la materia mineral. Es, pues, inerte esa molécula material en movimiento incesante, que, en una combinación, abandona un cuerpo por otro que entonces prefere, y se orienta y atrae como si estuviese dotada de voluntad.

Detengámonos un instante en una de estas moléculas, especialmente en la del hierro.

Consideremos un imán que se rodea de un protoplasma de éter en constante movimiento. Si de este imán arrancamos una molécula, tendremos un imancito, hijo legítimo del grande, que será semejante á él en todo, excepción hecha del tamaño, y cada especie de imán dará una descendencia semejante á ella.

Si en el protoplasma del imán llega á penetrar una partícula de hierro, es atrapada con avidez; pero si el trozo tiene demasiado peso, el mismo imán va hasta el hierro. Si en lugar de una partícula de hierro fuese un fragmento de níquel, la apropiación sería menos enérgica, y si se tratase de un pedazo de bismuto, lo repelería, dando prueba de espontaneidad y conciencia en la elección de sus alimentos.

Por lo tanto, el imán se nutre y crece siempre que está en un medio nutritivo. Y aún hay más: el imán se asimila sus alimentos, el hierro que atrae, por ejemplo; pero el imán orienta las moléculas de este hierro á imagen suya, y hace de ellas otro imán. Un imán permanente pierde á la larga sus propiedades, ó

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
— ENFERMEDADES DE LA PIEL —
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, París y en todas Farmacias del Extranjero.

Précis: 87.
en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPRÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARFOLLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso.
CANDES 90.
St-Denis 10

lo que es igual, le sobreviene la muerte natural, y si se expone á temperatura elevada, las pierde también y muere de muerte violenta.

Los cuerpos vivos duermen para reparar sus fuerzas. El imán hace lo mismo; periódicamente corta todas sus comunicaciones con el exterior, y cual si cerrara los ojos y se tapase los oídos, la periferia permanece insensible á las sensaciones exteriores, las células del cerebro no se orientan, no se escapa ninguna línea de fuerza, el cuerpo está encerrado en sí mismo; es decir, duerme.

Pero es sabido que un imán cuyos polos están juntos, no emite línea de fuerza al exterior. Permanece inactivo, su circuito queda en el interior duerme también, pero de esta suerte se sujeta á la condición que le asegura la conservación de su energía.

El imán tiene memoria. Cuando se imanta un trozo de hierro dulce, una vez que la influencia ha cesado, las moléculas recobran su primitiva posición, excepto algunas, que conservan la orientación adquirida anteriormente, y el hierro conserva rastros de magnetismo, llamados remanentes, y puede ejecutar ciertos actos que ejecutaba cuando era imán.

¿No es esto memoria, remanente ó reminiscencia, pues la similitud de nombres encierra una similitud de cosas? En el cerebro pensador la memoria es debida á un verdadero remanente; es que algunas de sus células han conservado una orientación que les ha sido comunicada con anterioridad.

Así, pues, el imán nace, crece, se mueve, se reproduce, se asimila, atrae hacia sí lo que le conviene y repela lo que le disgusta, recuerda, duerme y muere de muerte natural ó violenta.

Los representantes más rudimentarios de la vida como, por ejemplo, las gromias y las moneras no nos ofrecen manifestaciones vitales más numerosas ni más características. ¿Por qué, pues, hemos de atribuir las del imán á funciones puramente mecánicas.

Cuando un rizópodo se dirige á un punto con preferencia á otro, este punto constituye para él un centro de atracción fatal.

Puede decirse, en consecuencia, que la materia viviente se deriva de la materia mineral, y que todos sus procesos son mecánicos.

GOTA

LICOR
DEL DR.
LAVILLE
CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS
REUMATISMOS

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 24 - Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS



J. ROVERSI - CARACAS - VENEZUELA - PALMA A SAN PABLO N° 24

Departamento Mármoles

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos

Referencias: más de 2.000 trabajos repartidos en toda la República

Laboratorio con Sierra y Pulidora Mecánica, cerca del Cementerio del Sur, Teléfono 2175.

CUPIDO ES EL MEJOR AMIGO

DEL JABÓN DE ROMERO DEL DOCTOR LOBB

La lozanía y la hermosura de la mujer son los atractivos que primero cautivan el corazón del hombre. La Naturaleza ha querido dar al bello sexo una piel suave y una complexión sin defectos.

El Romero, los Refinados Aceites Vegetales y el delicado perfume con que se fabrica El Jabón de Romero del Dr. Lobb.

Han sido científicamente escogidos entre los mejores que se conocen en la ciencia médica para refrescar, vivificar, deleitar y tonificar el cutis, conservar el cabello, curar la caspa, las irritaciones de la piel, la Eczema, los Barros y las Espinillas. — Precio; 3 y medio reales.

En Venta en las principales Farmacias y Droguerías en el mundo. Valencia, Herrero Hermanos. — Puerto Cabello, M. Agreda. — La Victoria, H. T. Croes. — Maracaibo, José R. Pinedo. — Barquisimeto, Francisco A. Bolaños y Ca. — Ciudad Bolívar, C. Scherling & Ca. — San Fernando de Apure, C. M. Laya & Ca. Suers.



¡No abandone usted su cutis!

El Verdadero Remedio Homeopático del Dr. LOBB

para la Anemia corrige radicalmente las manchas y la palidez del rostro, le dejan limpio y sonrosado y produce carnes firmes y hermosas en la mujer raquítica ó aniquilada por alguna enfermedad. — Precio: 3 y medio reales.

¡Se siente enfermo! — Consulte al Dr. H. W. Lobb, N° 329 N. 15 th. St., Filadelfia, Pa. E. U. S. A.

— Su consejo profesional es gratuito. — Pídase el

Manual del Doctor Lobb. Valiosísimo en el hogar. Agentes Generales en Venezuela, Trinidad y Curazao, SEÑORES H. THIELEN & CA. — (Caracas). —

Imanes humanos

Un distinguido hombre de ciencia de Italia dice que ciertas personas poseen una influencia magnética ó eléctrica muy extraña, que produce curiosísimos resultados.

Hace algunas semanas hallándose entregado a un experimento eléctrico el doctor, penetró en el laboratorio un amigo, y en el mismo instante la aguja del galvanómetro se empezó a mover rápidamente. El profesor creyó que el visitante traía en el bolsillo algún imán ú otro instrumento eléctrico, pero su amigo le convenció de que no llevaba nada, desnudándose. Con gran sorpresa del profesor, el galvanómetro siguió funcionando como si tuviera cerca un potente imán, acelerando sus movimientos cuando el hombre-imán se aproximaba. La parte delantera del cuerpo obraba como si fuera el polo positivo de un imán, y la espalda como polo negativo.

El rayo verde

El famoso rayo verde, que dió asunto á Julio Verne para escribir su interesante novela del mismo título, y que por las contadísimas veces que se ha podido observar era considerado casi como un fenómeno fantástico, lo acaba de ver y estudiar Mr. Lucien Rudaux en el Observatorio de Donville.

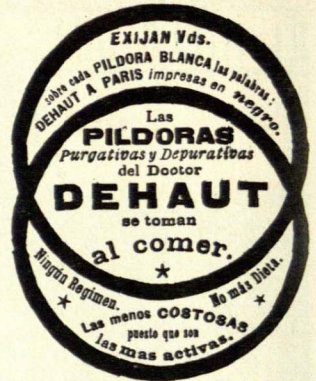
Dicho fenómeno suele verse á orillas del mar cuando la atmósfera es muy diáfana, pero su intensidad varía notablemente. Es preciso para verlo que en la línea del horizonte no haya bruma y corte con nitidez el disco solar en el momento de desaparecer.

Como en semejantes condiciones el sol resplandece mucho, impidiendo fijar en él la vista, se ha dicho que el rayo en cuestión no era más que una ilusión óptica producida por la luz amarillo-anaranjada del astro, y así, por contraste en el momento de desaparecer la última porción del disco, el punto luminoso parece afectado del color verde-azulado complementario.

También se ha tratado, con más razón, de ver en este fenómeno una causa física real, que depende de la refracción y descomposición del último rayo del sol al desaparecer, obrando la atmósfera como un prisma.

La observación de Mr. Rudaux fué hecha

después de un día muy hermoso en que la puesta del sol prometía ser soberbia á través de algunas brumas lejanas, paralelas al horizonte. En estas condiciones, el sol mostraba deformaciones sucesivas, en extremo curiosas, debidas á refracciones de diversa importancia; pero en el momento en que el casquete superior, separado del resto del astro por una faja de bruma, iba á desaparecer, el rayo verde se manifestó en todo su esplendor sobre el borde superior de dicha faja de bruma. Luego el disco solar, descendiendo siempre, desapareció bajo el horizonte real sin que se reprodujera el fenómeno. Este, por consiguiente, fué doblemente curioso, por percibirse, no como otras veces al desaparecer la última parte del sol bajo el mar, sino al ocultarse detrás de la bruma.



GATHMANN HNOS.

OFRECEN

EL MAS COMPLETO SURTIDO

DE

JOYAS - RELOJES

Y

OBJETOS DE FANTASIA

EN

"ART NOUVAU"

O ESTILO

"EMPIRE"

QUE RENEUVAN

POR TODOS LOS VAPORES



SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las ENFERMEDADES DEL PECHO TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS BRONQUITIS CRÓNICAS

L. PAUTAUBERGE, 9 bis, Rue Lacaze, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.



RECOMPENSA NACIONAL

de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.

Males de Estómago, Falta de Fuerzas, Anemia, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE

EL MISMO
FERRUGINOSO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.
Paris, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO



PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullie

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y detención
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre

el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable.

40, Rue Bonaparte,
PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden
tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

Inventos simultáneos

UN FENÓMENO CURIOSO

El fenómeno de la simultaneidad de los descubrimientos científicos es muy frecuente y universal.

Al hablar de descubrimientos simultáneos debe tenerse en cuenta que con frecuencia existe gran espacio de tiempo entre la fecha de un invento y la de su publicación, que muchas veces suele ser tardía y acaso póstuma. No se trata, pues, del sincronismo exacto, sino de una concordancia que puede variar, dentro de los límites de una generación, siempre que quede probada la independencia de los hechos simultáneos.

No obstante esta aclaración, pueden citarse simultaneidades perfectas, por ejemplo: las Memorias de Darwin y de Wallace sobre la selección natural se leyeron en el mismo día (10 de julio de 1858) á la Sociedad Linneana de Londres. Ch. Cros y Ducós de L'anon comunicaron su procedimiento de fotografía indirecta en color en el mismo día del año 1869 á la Sociedad francesa de fotografía. Elisha Gray presentó su instancia pidiendo la patente del teléfono en Filadelfia dos horas después de haberlo hecho Graham Bell, el día 24 de febrero de 1876.

Cuando Caillaet leyó á la Academia de Ciencias su Memoria sobre la liquefacción de los gases, en 1877, el presidente acababa de recibir un telegrama de Ginebra anunciándole el éxito obtenido en el mismo trabajo por Mr. Pictet.

Sin dejar de ser un enigma, los casos de simultaneidad son, por lo general, mensuales ó

años después que Ohm; Mariotte descubrió la ley de la presión de los gases quince años más tarde que Boyle. Mucho después que Snellius, encuentra Descartes las leyes de la refracción, sin que pueda por esto tildársele de plagiarlo.

Como regla general, cuanto más se aleja uno de los tiempos pasados y se acerca á nuestra época, hay que fijarse más en la distancia que separa á los descubrimientos simultáneos, á causa de la facilidad y rapidez, cada vez mayor, de las comunicaciones. Mas no debe olvidarse la diversidad de idiomas, que constituyen una barrera que aísla á los sabios, y todos los elementos biográficos susceptibles de aclarar la cuestión.

Muchos casos más podrían citarse de descubrimientos simultáneos. En el campo de las matemáticas coincidieron Descartes y Fermat al establecer la geometría analítica, y Newton y Leibniz en el cálculo infinitesimal. En astronomía, Fabricio y Galileo descubrieron las manchas solares; Mario y Galileo los satélites de Júpiter; Le Verrier y Adams descubrieron en 1846 el planeta Neptuno, y el método espectroscópico para la observación de las protuberancias solares lo inventaron Jansen y Lockyer, en 1868.

Por lo referente á la mecánica, el principio de la inercia fué estudiado por todos los sabios que combatían á Aristóteles, á principios del siglo XVII, y la teoría mecánica del calor fué estudiada al mismo tiempo por Mayer (alemán), Colding (danés), Seguin (francés), Joule (inglés, Mohr y Helmholtz.

LINIMENTO GENEAU para los CABALLOS

Solo este precioso Tópico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos días, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisiaduras, Esquinces, Alcances, Moletas, Alifates, Esparavanes, Sobrehuesos, Fiebrades é Infartos en las piernas de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar (daga ni erida de pelo, ni un durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutive inmejorable en las enfermedades internas. — PRECIO 6 fr. Depósito General: Farm. GENEAU, 165, r. St-Bonnet, PARIS



anuales, y en ocasiones el intervalo entre descubrimientos semejantes, hechos independentemente por dos ó tres investigadores, suele ser considerable.

Pouillet, por ejemplo, halló las leyes de la propagación de la electricidad nueve

En física pueden citarse como casos de simultaneidad Steinheil (alemán), Wheatstone (inglés) y Morse (americano) en la telegrafía eléctrica; en el teléfono G. Bell y Gray, y en el fonógrafo Edison y Ch. Cros.

En la química, Cavendish y Monge fueron simultáneos en el descubrimiento de la descomposición del agua; en la del oxígeno, Priestley, Scheele y Lavoisier; en la del cloroformo, Souberain, Liebig y S'Guthrie.

El bacilo de la peste lo estudiaron á un tiempo Kitasato y Jersin, y la selección natural Darwin y Wallace.

Muchos más descubrimientos simultáneos podrían citarse, así como inventos, simultáneos también, entre ellos el del martillo-pilón por Nasmyth y Bourdon en 1840, pero creemos que basten los citados.

La explicación de estos hechos no es fácil de encontrar. Sólo la hipótesis de que los descubrimientos se maduran y se sacan á la luz en épocas determinadas independientes de la voluntad del sabio, puede servir de respuesta. La sociedad es la que plantea los problemas, que son siempre la manifestación de una necesidad intelectual ó económica, que nace de todos los estados antecedentes de la humanidad y principalmente de los estados inmediatamente anteriores. Por lo tanto, no es de extrañar que se ofrezca un mismo problema en una misma época á diferentes sabios, los cuales lo resuelven del mismo modo, sufriendo iguales contradicciones y basándose en semejantes estudios, hechos con anterioridad por otros hombres.



Modelo de la botella del verdadero

ELIXIR TÓNICO
ANTIFLEMÁTICO
del Dr. GUILLÉ

Desde hace mas de
noventa años, el
ELIXIR del Dr.
GUILLÉ es empleado
con éxito contra las
enfermedades del Hígado,
del Estómago, Bata,
Reumatismos, Fie-
bres Palúdicas y
Perniciosis, la
Disenteria, la Grip-
pe ó Influenza, las
enfermedades del
Cutis y las Lombrices
Intestinales.

Es uno de los
medicamentos mas
económicos como
Purgativo y Depu-
rativo, es el mejor
remedio contra todas
las enfermedades oca-
sionadas por la Bilis
y las Flemas.

Depósito General:
Dr. PAUL GAGE Hijo, Farm. de 1ª Clase.
9, rue de Grenelle-St-Germain, PARIS
• Y EN TODAS LAS FARMACIAS

Rebusea todo antiflemático que
no lleve la firma PAUL GAGE

Contra
las

**ENFERMEDADES
NERVIOSAS**

**VÉRTIGOS
PALPITACIONES
EPILEPSIA, etc.**

no hay mejor Remedio que las
CÁPSULAS DEL Dr. CLIN
al Bromuro de Alcanfor

CLIN & COMAR — PARIS
y en las Farmacias.

EL APIOL de los JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

La fuerza en caballos que consume nuestro cuerpo

Un hombre joven, robusto y bien alimentado come á la semana, por término medio, cuatro kilos de pan, kilo y medio de carne, cuatro kilos de patatas, uno de azúcar y 280 gramos de manteca ó queso, y si no precisamente estos comestibles, otros equivalentes en cuanto á condiciones nutritivas. Si todo esto se quemase en el interior de nuestro cuerpo, la combustión produciría una enorme cantidad de energía, que no bajaría de 450 kilográmetros. Añadiendo á esto las demás cosas que entran en nuestra comida ordinaria, como son los garbanzos, el arroz, las verduras, los huevos, etc., la energía total se elevaría aproximadamente á 525 kilográmetros. Como la energía se mide también por caballos de vapor y cada uno de éstos equivale á 75 kilográmetros, es evidente que el hombre come diariamente lo suficiente para producir un caballo de vapor.

Antes de pasar adelante conviene recordar que por caballo de vapor se entiende la fuerza que un caballo de sangre emplea para trabajar ocho horas seguidas. Como la medida no es muy científica, que digamos, es preferible emplear, cuando de energía se trata, la unidad «kilográmetro», con la cual se representa el esfuerzo necesario para levantar un kilogramo de peso á un metro de altura en un segundo. Un caballo de vapor equivale á levantar 75 kilos á un metro en un segundo.

Siendo un hecho que por la alimentación el hombre adquiere tanta fuerza y podría, al parecer, trabajar tanto como un caballo, ¿cómo es que en la realidad no sucede así? Raro es el hombre que puede hacer la veintava parte del trabajo de un caballo. ¿Qué se hace entonces de aquellos 75 kilográmetros de energía que su comida produce diariamente? Para contestar á esta pregunta se ha hecho una porción de curiosos experimentos, y los resultados obtenidos son realmente asombrosos.

Nuestro alimento debe, ante todo, recorrer el organismo entero, y sin contar el esfuerzo necesario para masticarlo y digerirlo, alguna energía se necesita para que, transformado convenientemente, vaya reponiendo las pérdidas que nuestro cuerpo sin cesar experimenta. En este trabajo fisiológico se emplean diariamente unos cuatro kilográmetros de energía el corazón sólo, gasta más de un kilográmetro,

y casi dos cuando se hace algún ejercicio violento.

Además, los alimentos tienen entre sus deberes el de conservar el cuerpo caliente, deber bastante difícil de cumplir, dadas las grandes pérdidas de calor que la respiración y la transpiración traen consigo; y aun hay que tener en cuenta que cualquier objeto que toquemos más frío que nuestro cuerpo, nos roba una parte de nuestro calor. Para que éste se conserve siempre á la altura normal de 37°, se necesitan unos 40 kilográmetros si el día está algo caluroso, y bastante más en los meses de frío; esta cantidad de energía no podemos tomarla más que del total producido por el alimento.

En tercer lugar viene el trabajo muscular, que después de todo consume una escasa cantidad de energía con relación á su gran importancia, puesto que no pasa de cuatro kilográmetros y medio diarios. El andar, el abotonarse la chaqueta, el reírse, el menor esfuerzo muscular, en fin, contribuyen á este pequeño gasto.

Para estos tres fines (trabajo fisiológico, producción de calor y trabajo muscular), el cuerpo exige 50 kilográmetros de energía; queda, por consiguiente, un residuo de 25 kilográmetros, y aun de esto una parte se consume en el crecimiento de los músculos ó en la producción de grasa.

Todos estos cálculos se han hecho suponiendo que el hombre aprovecha todo lo que come; pero en realidad una cuarta parte está formada de sustancias no digeribles ó no bastantes oxigenadas. La ensalada por ejemplo, no la digieren muchos estómagos.

La producción de energía depende también de las condiciones de cada estómago, lo mismo que el funcionamiento de una máquina depende en gran parte del estado en que ésta se encuentra. Así se explica que ciertas personas que comen muy poco pueden trabajar más y mejor que otras que se atracan á diario; las primeras tienen el estómago mejor constituido.

Más curioso todavía: el estado de gordura del individuo y el traje que visten influyen también en la producción y en la pérdida de energía. Un hombre delgado ó vestido con un ligero traje de verano pierde una cantidad de calor mucho más considerable que la que perdería siendo grueso ó estando cubierto de gruesos abrigos; como para reponer el calor perdido se necesita aumentar la energía diaria, sin más detalles se comprenderá por qué las personas delgadas suelen comer y deben comer mucho más que las gordas.

HISTORIA DE VENEZUELA

Se avisa á las personas de la capital y del interior de la República que han solicitado con interés creciente el Manual de Historia de Venezuela por Don Felipe Tejera, que está á la venta en la Empresa El Cojo, la

CUARTA EDICION

CORREGIDA, Y AUMENTADA HASTA
EL AÑO DE 1900.

Los Directores de los Colegios de la República se dignarán avisar á sus discípulos, que pueden ya ocurrir á la Empresa El Cojo.

Precio del ejemplar empastado
económicamente 8 reales

Precio de un ejemplar más fino.... 12 reales

Para el interior se cargará además el porte.

Hace mucho tiempo—Escribe el doctor Antonio María Leyba, facultativo de Coro, Venezuela:

«Hace mucho tiempo que uso la Emulsión de Scott, poderoso reconstituyente de gusto agradable, que siempre indico á mis pacientes en las afecciones crónicas de los pulmones, y en todas las enfermedades consuntivas, con los resultados más favorables.»

Varias

La planta que produce la nuez moscada, por muy grande que sea, no da más de tres kilos de nueces.

LES PLAQUES ET PAPIERS

JOUGLA

SIEMPRE SON INMEJORABLES

POSTALES EL COJO ILUSTRADO

Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

Están á la venta al precio de

4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (minimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, más B. 0,25 para el franqueo.